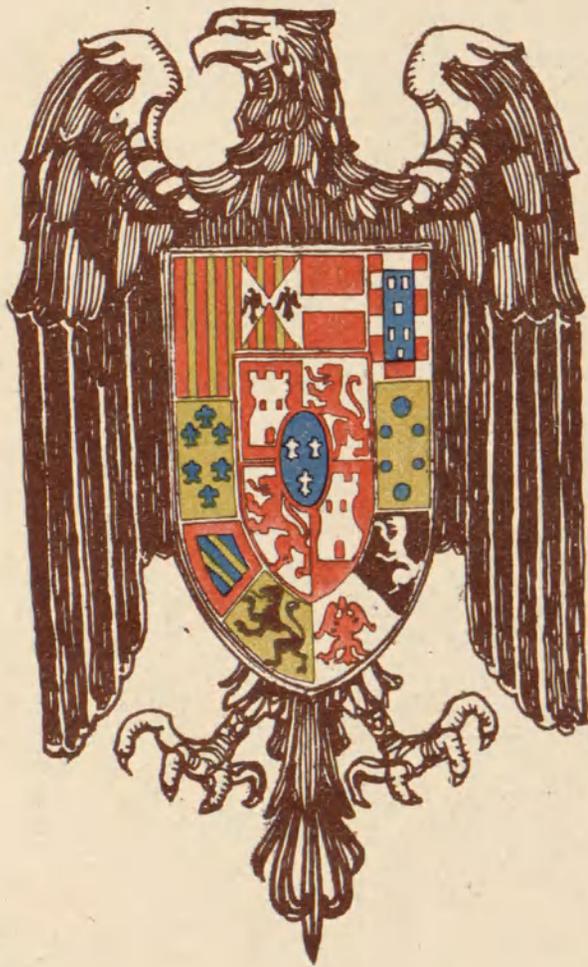


VOLUNTAD



· NUMERO · XIX ·

· MADRID · 15 · DE · AGOSTO · DE · 1920 ·

· DIRECCION ·
COLMELA Nº 8

PRECIO E NUMº
DOS PESETAS



SUMARIO

- Portada:** San Sebastián. Efecto de luz en la Concha. Fotografía Larregla.
San Sebastián. Actualidades gráficas, por Vidal.
Vitoria la Iluminada. Texto y fotografías.
La Santa Parrilla. Texto y fotografía de El Escorial.
Heroicidades. (Sucedido). Por Juan F. Muñoz Pabón. Dibujos de Robledano.
Alrededores de San Sebastián. Fotografías artísticas de Vidal.
El comensal avisado. Cuento en verso, por Enrique Menéndez Pelayo.
La Anunciación de Nuestra Señora. Cuadro de Cerezo.
Lo Moral y lo Jurídico. Por Fr. Albino G. Menéndez-Reigada.
La hembra del gavilán. Poesía, por el marqués de Lozoya. Dibujo de Juan José.
El Rey Felipe y su obra. Por J. Ortega Munilla. Dibujo de Vivanco.
El sacerdote dramaturgo. Semblanza de Calderón de la Barca.
Arquitectura vasca. Dibujos de Muguruza Otaño.
Humos de Rey. Cuento, por Ricardo León. Ilustraciones de Moya del Pino.
Las cuatro esposas de Felipe el Prudente. Texto y dibujos de Mercedes Gaibrois de Ballesteros.
Un palacio en Zarauz. Apunte a lápiz, por S. Azpiazu.
San Sebastián: Instituciones benéficas. Información gráfica y literaria.
Hablemos del dinero. Crónica, por Sinesio Delgado.
Orientaciones saludables. Información de actualidad.
Ama de casa. Correo de VOLUNTAD. Recetas útiles.
Página humorística. Por López Rubio.
La Novela de un Novelista: Por Armando Palacio Valdés. Ilustraciones de Juan José.



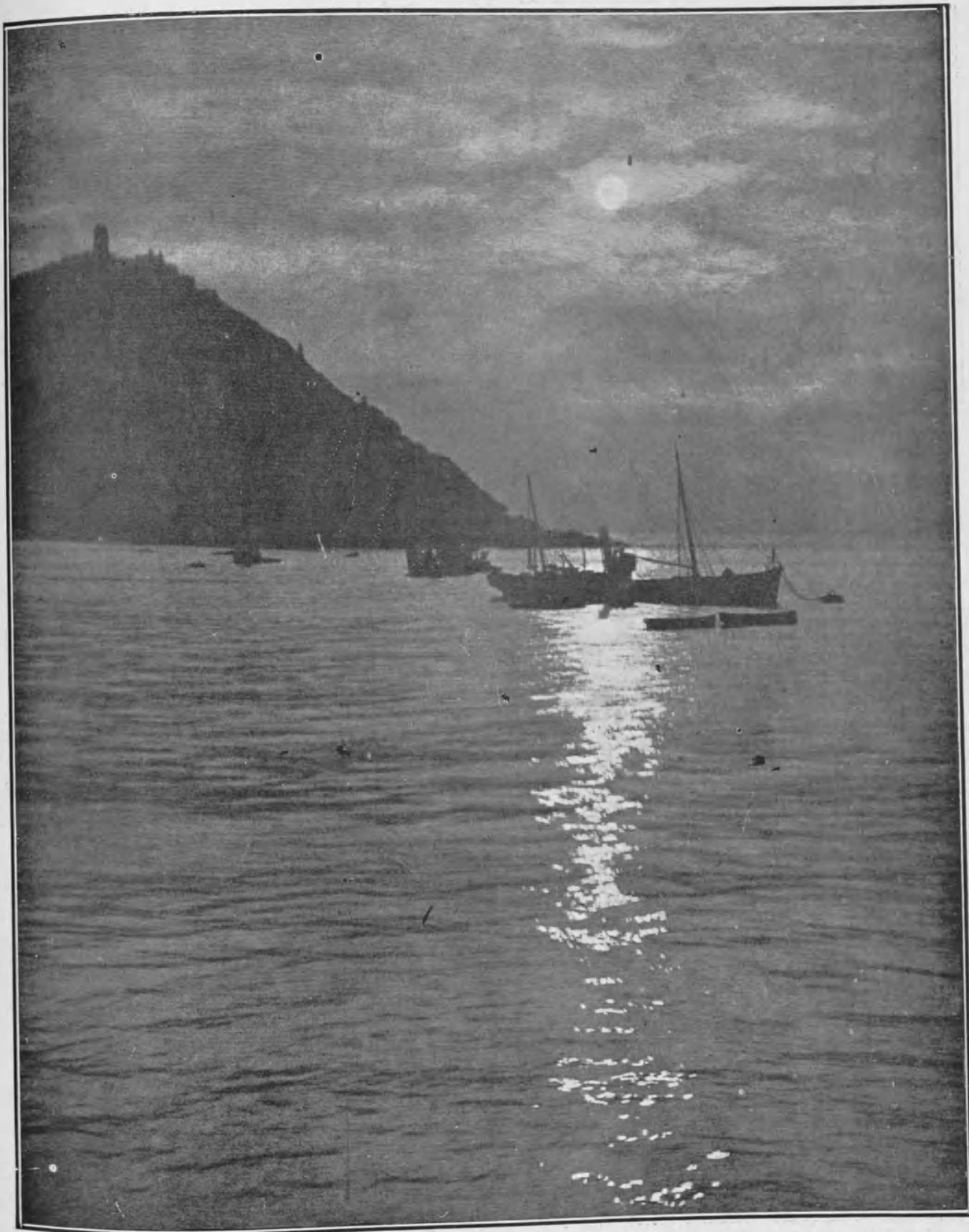
Suplemento de VOLVNTAD

AÑO
II

VOLVNTAD

NÚM.
19

MADRID, 15 DE AGOSTO DE 1920



San Sebastián.—Efecto de luz en la Concha

(Foto. Larregla)



Los Representantes extranjeros visitando el Monte Igueldo

SAN SEBASTIÁN

ACTUALIDADES



Una escena de la ópera del gran Usandizaga, «Mendi Mendiyan», representada en la función de gala en honor de los Delegados extranjeros

Durante la pasada quincena, San Sebastián ha recibido a los Representantes extranjeros que han ido a dicha población para asistir al Consejo de la Liga de las Naciones; y ha sabido recibirlos de una manera tan hidalga, que ha hecho decir al Representante francés, Mr. Bourgeois, que sí esperaban un recibimiento afectuoso y cordial, pero que no podía figurarse que se les demostrase una amabilidad tan grande como se les ha demostrado en San Sebastián.

Hacemos votos al Todopoderoso para que la Liga de las Naciones sea el organismo que, con ayuda de Dios, dirima las cuestiones entre los hombres, evitando las guerras inhumanas y asoladoras que azotan como un castigo a la Humanidad.



El Expresidente del Consejo de Inglaterra, Mr. Balfour, jugando al «tennis» en el campo de San Sebastián (Fots. Vidal).



San Sebastián. - Primera sesión del Consejo de la Liga de las Naciones, celebrada en el gran salón de la Diputación y bajo la presidencia de nuestro Embajador en París, Sr. Quiñones de León

EL CONSEJO DE LA LIGA DE LAS NACIONES

En estos últimos días se han reunido en San Sebastián los representantes de la Liga de las Naciones. El Gobierno español, las autoridades y los elementos más valiosos de aquella simpática población, han rivalizado en atender a los representantes extranjeros y hacerles más grata cada día su estancia en la bella Easo. Después de las sesiones en que se han debatido asuntos de

alta transcendencia y de positivo interés social, los políticos extranjeros han sido obsequiados brillantemente con jiras pintorescas y espléndidas recepciones. De todos estos actos, guardarán los representantes de las demás naciones europeas el gratísimo recuerdo de la belleza de nuestro país y de la tradicional hidalguía de España.



M. Burgeois, delegado francés, saludando al Presidente del Congreso, Sr. Sánchez Guerra, en el Monte Iguelao (Fots. Vidal).



Vitoria. - Plaza de la Constitución

Fot. Lacoste.

⑥ VITORIA LA ILUMINADA ②



OS FESTEJOS QUE ANUALMENTE celebra la capital de Álava son por todo extremo interesantes. Acuden a la culta ciudad que fué llamada un tiempo «La Atenas del Norte», gentes de todos los pueblos cercanos y lejanos. Es que tienen fama general las alegrías alavesas. Iluminada llamamos a Vitoria, porque, estando sus casas cubiertas de cristales, reverbera la luz solar y desde lejos parece que dentro de cada edificio hay un incendio. Lo que hay es honradez y alegría, laboriosidad y santo espíritu cristiano.

En los últimos años ha crecido considerablemente la riqueza vitoriana; la feliz disposición de sus elementos agrícolas ha hecho que labradores que antes resolvían con dificultad el problema de la existencia hayan adquirido rentas con que nunca soñaron, sin que por eso hayan cambiado de norma, sino que han seguido siendo trabajadores y humildes. Pero en los Bancos locales hay mucho dinero y no es extraño ver delante de las ventanillas de esos establecimientos de crédito una fila de aldeanos con su traje negro, sus alpargatas blancas, su pequeña boina ciñendo el cráneo, que van allí a manejar miles de pesetas y a entregar o recoger cantidades considerables.

Ya hemos dicho que la fortuna no ha ensobrecido al vitoriano. Las setenta y tantas aldeitas que rodean a la ciudad, y que son cada una de ellas núcleo de labor esforzada, continúan como en los tiempos pasados cuando eran pobres. En aquellas casas de campo, bajo cuya amplia portalada se junta la familia al oscurecer, después de concluidas las faenas agrí-

colas, se rinde un homenaje a Dios y se cultiva la idea fundamental de la vida. Gente feliz, digna de serlo.

Allá, en la Catedral, donde el sabio Obispo Dr. D. Leopoldo Eijo, pronuncia sus sermones maravillosos, el Municipio y los vecinos se congregan para rendir su devoción a la Virgen de la Blanca, patrona de Vitoria. Y en la iglesia, donde está la imagen de la Señora de aquella dilatada y magnífica llanura, que ilustrada fué en los días de la lucha contra el Extranjero con una proeza inolvidable, se asiste a los actos más tiernos de la devoción.

Pero no es todo misticismo en Vitoria. Porque en esa fecha del mes de Agosto hasta los tristes se regocijan, hasta los pobres se visten bien. Las mozas alardean de su elegancia. Suenan las músicas. El real de la feria se llena de millares de casetas donde vendedores de toda especie ofrecen sus mercancías. Cuando llega el momento de la corrida de toros pasan por la calle-camino del coso cientos y cientos de carruajes. Allá van los bilbaínos, allá los vallisoletanos y los burgaleses. De los pueblos colindantes es enorme la concurrencia. Mientras la lidia taurina se verifica, diríase que Vitoria sufre un colapso. Las calles están solitarias y silenciosas. Es que todos los que pueden han ido a ver cómo luchan la fiera y el torero. Y así que acaba la corrida vuelve a desparramarse por la ciudad el rumor de los contentos, de los dichosos, el ir y venir de la muchedumbre engalada.

Vitoria es una ciudad que tiene derecho a sus festejos anuales, porque el resto del año lo emplea en un trabajo asiduo no interrumpido ni por la pereza ni por la desesperanza.



El Escorial.—Vista general desde el Romeral

Fot. Laco. te.

LA SANTA PARRILLA



AN LORENZO DEL ESCORIAL CELEBRA en esta época del año la fiesta de su patrono y como si la naturaleza quisiera incorporar su obra al recuerdo, tuesta los campos y las calles y arde en las techumbres. Siendo como es el Escorial lugar serrano y próximo a las nieves, en esos días puede competir con Ecija o Utrera en cuanto a la temperatura. Adularíamos a ese pueblo que nos es tan simpático si dijésemos que sus fiestas son esplendorosas. Humildes y lugareñas son, bien que la distinguidísima colonia veraniega que llena todos los edificios y los muchos forasteros que acuden, den a esos holgorios un carácter de distinción evidente.

Más que para asistir a ese júbilo hay que ir a San Lorenzo en esa fecha para recordar la grandeza de una era, de la que se conserva perdurable recuerdo. Allí está el Monasterio se con su inmensa fábrica genialmente trazada. El cimborio se viste desde lejos y a horas le adornan los vuelos cigüeñales, porque esas aves misteriosas que em gran en busca de países gratos a sus costumbres han elegido por morada los paisajes y las cúpulas que Toledo y Herrera trazaron y edificaron.

La comunidad agustiniana que procura allí enseñanza a la mocedad da a la fiesta conmemorativa importancia solemnísima. Y no hay sino entrar en el templo y permanecer allí unos minutos para que la emoción de la vejez memorable se apomine de nosotros. Cuando vemos una partida de turistas a quienes acompaña un cicerone que les explica con voz monótona lo que significa cada capilla, cada cuadro y cada detalle, nos asombra que haya quien se entregue a tales conductores. Basta conocer un poquito de historia para sentir la impresión terrible de una majestad poderosa, de un tiempo heroico, de un valor nacional como después no lo ha habido en ninguna

parte de la tierra. Era en los días de la crisis, de una crisis en que se ventilaba la lucha entre la autoridad de la fe y la revolución naciente. Flandes fué el nido de la impiedad y contra él asestó sus dardos la fiera mano del rey Felipe. Imposible olvidarlo y quien lo olvidare lo recordará con una visita al monasterio.

Sobre la severa y trágica portada está la estatua de San Lorenzo con la parrilla en la mano, la parrilla en que le abrasaron vivo. El edificio colosal remeda una parrilla también y el espíritu que flota donde quiera, el del Rey Prudente, una parrilla es, devoradora de los impíos y de los enemigos de Dios Nuestro Señor.

Suena la alegre banda del Colegio de Carabineros. Bajan los ómnibus y los automóviles al Escorial de Abajo, donde se celebra una becerrada. Son aficionados, novilleros, la gente ínfima del arte de Costillares los que allí trabajan, pero lo que les falta de gracia taurina lo ponen los espectadores con su júbilo.

Muchos prefieren al Escorial en fiestas y llenos de forasteros, el Escorial silencioso de la invernada y del otoño. Entonces sí que es aquello sublime. Cuando los ardores de la canícula ceden y las primeras nieves cubren el horizonte no hay espectáculo que se parezca al que se ofrece desde el Jardín de los frailes. Desde los pretiles apenas adornados de tristes plantaciones de boj, se ve en lo alto la sierra del Guadarrama con los últimos vellones de la nieve que durante el verano se derritió. En el fondo, Madrid que chispea con la luz, de los reflejos del sol en los cristales durante el día y por la noche con la innumerabilidad de las luces eléctricas. Un inmenso reposo domina en torno. A aquel recinto volvió Felipe II en busca de genialidad con que afrontar los mil problemas que le cercaban. El Escorial tiene sobre todos los lugares de la tierra ese mérito inmarcesible: el que allí se concluyó la historia antigua y allí empezó la historia nueva.



HEROICIDADES

(HISTÓRICO)

I



UE DOLÓ TAN REGRANDE de mujé... ¡Tan güena!... ¡tan toa pa tós, que ande hubiá una necesiá, allí estaba su mano... escapá jasta de quitárselo der comé, pa darlo de limosna!... ¡Las presonas asina no se debían de morí nunca en jamá!... ¡¡En la tierra y entre los probe, es ande jacen farta, y no en er cielo!... ¡Probecita!... ¡Tan

regüena!... ¡Tan remadre pa tititos los gitano: que bastaba de media ve que hubiá uno mamao leche cañi, pa que ella lo mirara a uno como a un hijo! (Llora).

¡Las vece que me dió la probecita, pa esempeñá la cardera, que lo mismito era acabá un lavao, que ya la tenía que empeñá otra ve, porque cá casa es un mundo y la mía, mundo y medio, y lo de vece que le compró a mi Gravié estijeras pa pelá, lo cuá que er mardecio cuantito las cogía en sus mano, ya las estaba vendien-

do pa aguardiente, que lo que tengo yo sufrío con ese hombre se pone en letra de morde y no hay quien lo crea... y lo de vece que mos dió a la mano pa poé dí a las ferias a los guñelo!... (Llora).

Po veremo a ve cuándo nace otra, que sea er paño de lágrima de toas las esaboricione de titito er mundo: ¡otra, con un bujero en cá mano como ella, porque las güenas obra que ha jecho esa criatura son como las arena je la ma! ¡¡Qué doló y qué redoló, perdé de una mano a otra un amparo como ese!!

II

—Miá, Gravié, que semenesté que vaigas al intierro... Que aunque los muerto mos impongan mucho, semenesté mostrarse agracios con quien retantísimo tene-mo que agracerle. Y a los pué, el hijo: que, si ve que mos portamo malamente, mos pué cerrá las puerta, y ¡a mori!

¡Ya ve! ¡yo quió sacarle siguiá pa er luto, empezando por las bota, que ¡míalas, toas rompías!, y acabando

por la toquilla, porque esta está ya, como pa cerni melone... Dicen que está inconsolable, y diciendo que er que no vaiga al intierro de su madre, que se vaiga espiendo de la casa pa tan y mientras er cuerpo le jaga sombra.

—La cosa e, Remedio de mi arma, que atento cusion de muertos soy hombre perdido. Yo, que soy escapá de sacarle los diente a un ajorcao., mientras está vivo, cuantito parma, que parma (*muerre*), la jindama (*miedo*) se podera de uno, que no matrevo ni a pasá por er barrio ande haiga un defunto, o un cadave... Yo, me se murió mi madre la probecita y... marrimé a un pino verde, a ve si me consolaba (lo cuá que me fy a Mormujo en busca e é), y cuando dí la güerta, que gorví, ya estaba mascando tierra la probecita.

Y er día que tú la diñes (*mueras*), ya lo sabe: ar pino gordo e Talara, de al lao e Benacazón; pa no gorré a Triana, ni con garrocha, jasta que se haiga arrematao la última cabezá.

¿Qué quedrá uno, sino congraciarse con Sacramento, y má, ahora, que está en puerta feria de Abri, a ve si mos da a la mano pa una guñolería en e reá y un güeno puesto de menúo y caracole en e rodeo?

—¡Po por eso semenesté que jagas un desfuerzo y no dejes de dí! Semesté que vaigas a la casa...

—¡Lagarto, lagarto, lagarto!

—Aunque, ar pasá por la sala ande está la muerta cierras los ojos y te tapes la cara con er pañuelo, como er que llora, pa no olé lo que funguele (*hieda*), ni verle aquellas manos amarilla, que a los pué las está una viendo día y noche, sin que las puá sacuí de la imaginación.

—¡Como que esto de dí a los intierro se debía de quitá!

—Po güeno: tan y mientras se quita y no se quita, e éste no hay má remedio que dí. Vistete, que están ar caé las cinco y es a la media. Te subes derecho ar comedó, con el achaque de no asepartarte de Sacramento, y asín te anjorras de ve er cadave. ¡La cosa es no caé en farta y cumplí con él! Más da er duro que er desnúo, y é está poderosísimo, con ese café cantante, que lo gana como tierra.

—¡Lo que hay que jacé en er mundo, pa tapiá (*comer*).

—¡Como que la galipa (*hambre*) no tié centrañal...

III

—¡Hola, Gravié!... Ven con Dió, hombre... siéntate y echa un cigarro.

—Con permiso.

—¡Ay Gravié, qué dijusto tan atró!... (*llora*). ¿La has visto, no verdá?... ¡Paece que está dormia mesmamente!... ¡Qué doló, perdé un sé tan regüena, y alospué, pa en jamá de lo jamase! (*llora*).

Lo cuá que parece mentira que con tantísimo prójimo como ha tenío siempre con tó er mundo la probecita, le haigan dao tan mar pago: ¡que la haigan tenío que amortajá las Hermanita e la Crú y la haigan tenío que meté en la caja los enterrore!... (*llora*).

¡Pero déjalo que vengan, a peirme ni los güenos dia tantísimos malarma como no han sío ni pa entrá a rezarle un cantimpace de mala muerte!... Lo que se jace con mi madre e mi arma lo mismo, o peó, que si cormi-go se jiciera, ande ya tienen las brevas espachá tó er que no se haiga arrimao... Er que se ha portao mú bien ha sío er Cairele, que la ha estao jasta besando (*Dio se lo pague*), ¡lo cuá que no lo perderá!... ¡Allí tengo, a Pelegrino, na má que guipando (*viendo*), pa alospué decirme lo que haiga jecho cá cuá y que cá uno arreoja lo que siembre! ¡Como soy de agradeció soy de senti-oi!...

IV

Entran otras visitas, y Gabriel hace mutis por el prosenio.

Las tijeras de pelar caballerías que tantas y tantas veces le compró la difunta, y el incontable número de redenciones de la caldera de lavar... la caseta de huñelos en el real de la feria de Abril, y el puesto de caracoles y de menudo en el rodeo... el luto de pata u oreja con que soñaba su mujer y otra serie de sablazos que tenía él en cartera... todo esto empezó a bailar en su caletre en vertiginosa zarabanda.

—¡Qué jago, Parecito mio der Cachorro, señá Santa Ana?... ¡Semenesté jacé argo y que lo vea Pelegrino!... ¡Mardito sean los muerto, mardito sean los muerto, y la galipa!... ¡En fin: a Roma por tó, y que sea lo que Dios quiera!

V

—¡Po e ferdá, Sacramento: tiés razón!... ¡Paece que está dormia la pobrecita!... Allí ha estao con Pelegrino adorando er cadave... ¡lo cuá que le he rezao er bendito... ¡y le he jurgao con er deo!

JUAN F. MUÑOZ PABON

(Dibujos de Rohledano.)





Vista de una de las calles más típicas de Pasages

ALREDEDORES DE SAN SEBASTIÁN

PASAGES DE SAN JUAN

FUENTERRABÍA

¡Pasages y Fuenterrabía! Tal vez sean estos dos pueblos los que más ufanan y enorgullecen a Guipúzcoa. Encarnan ellos tantas bellezas y recuerdos tantos y de tan noble orgullo no sólo para Guipúzcoa sino para España toda, que tal vez más por esto que por las bellezas naturales que Dios derramó con mano pródiga, se enorgullecen justamente los guipuzcoanos de poseer dos rincones tan amables como Pasages y Fuenterrabía.

Hay algo, además de sus bellezas naturales y de sus recuerdos históricos, que los enaltece: sus moradores, que tienen la fortuna de conservar aún toda la brava nobleza de la raza eúskara, abierta a todo sentimiento puro, que hace de ella una de las más nobles de España.



Un barrio de Pasages de San Juan.—En el círculo: Una barquera—

(Fots. Vidal).



Una plaza de Fuentes de Abia

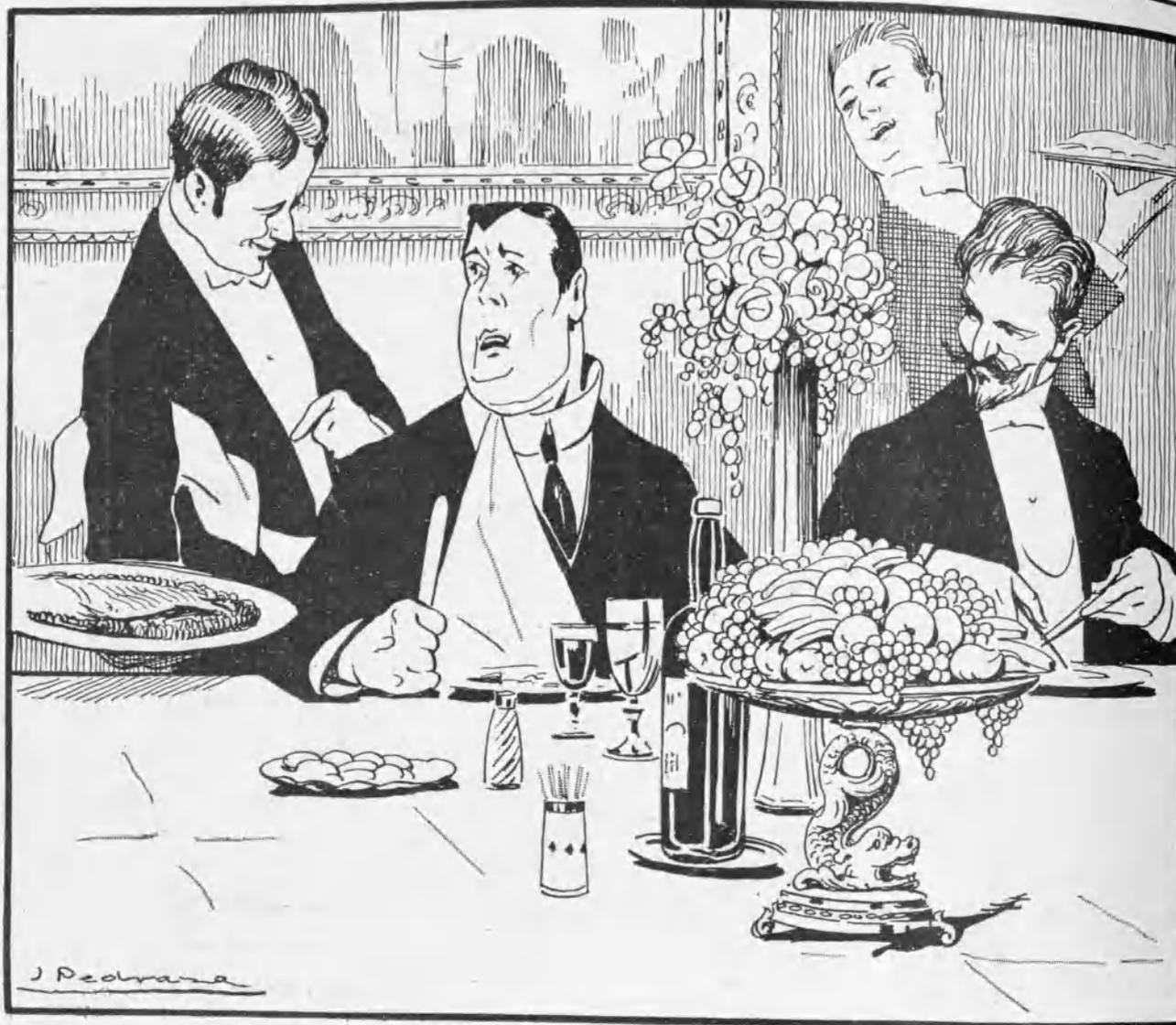
(Fot. Vidal).



Una de las principales calles



Puerta de las murallas, que aun se conserva



CUENTOS SABIDOS, PUESTOS AHORA EN RIMA Y SACADA LA MORALEJA

EL COMENSAL AVISADO

Es el caso que un pardillo
(sujeto bastante rudo,
pero que, a pesar de serlo,
tenía no pocos humos)
por no sé qué obligaciones
de amistad o sangre, tuvo
que concurrir a un banquete
que en la ciudad se dispuso.

Aunque gustaba al buen hombre
pasar por hombre de mundo
muy hecho al trato de gentes
y en toda finura ducho,
desde que arribó a la mesa
vestida con arte y lujo
y rodeada de gentes

de grande prestigio y rumbo,
por temor a que pudieran
cogerle en algún renuncio,
se estaba muy sobre sí
estudiando modos y usos.

No salió muy mal librado
de los primeros apuros
y en la sopa y en la *entrada*
no echó más de cuatro puntos,
pues aunque sorbía aquella
con un fragor tremebundo
que llegó a poner espanto
en los colegas contiguos,
como, al fin, en lo del sorbo
no era en la reunión el único

pudo pasar esta falta
sin protesta del concurso.

Tampoco en los entremeses
dejó de mostrar buen pulso,
evitando ante los rábanos
tomarlos por lado alguno.

Apeteció una aceituna
y, observando en torno suyo
que no andaban muy de acuerdo
los comensales adjuntos,
pues mientras unos echaban
los dedos al rico fruto,
otros con el tenedor
le vendimiaban más pulcros,
nuestro rural, que era ecléctico
y de quien nunca se supo
si formaba en las derechas
o se inclinaba a lo zurdo,
eligió un sistema mixto,
tan ecuánime y tan justo
que nadie para adoptarle
pudiera andar con repulgos;
así, cogió una *olivica*
con los cinco dedos juntos,
en el tenedor pinchola
y a la boca la condujo...

Mas ¡ay! que esperaba al hombre,
agazapado y oculto,

el sinsabor de aquel día,
que día no hay sin disgusto.

Pareció, pues, en escena
por serle llegado el turno,
una pieza de pescado
orlada de un verde muro.

Acometióla el pardillo
sin titubeos ni escrúpulos
y, como también quisiera,
por no aparecer inculto,
tomar de la guarnición
que al pez por gala se puso.
—Qué es musgo —le dijo el mozo
riendo con disimulo.

A lo cual él indignado,
contestó con tono duro:
—Y ¿qué? ¿te figuras tú
que nunca he comido musgo?

* * *

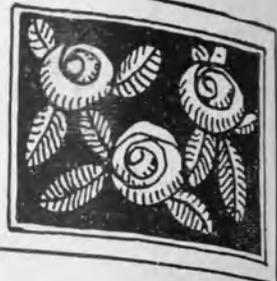
Con hacer una pregunta,
que no desdora al más culto,
¡cuántos evitar pudieran
el tener que comer musgo!

ENRIQUE MENENDEZ PELAYO

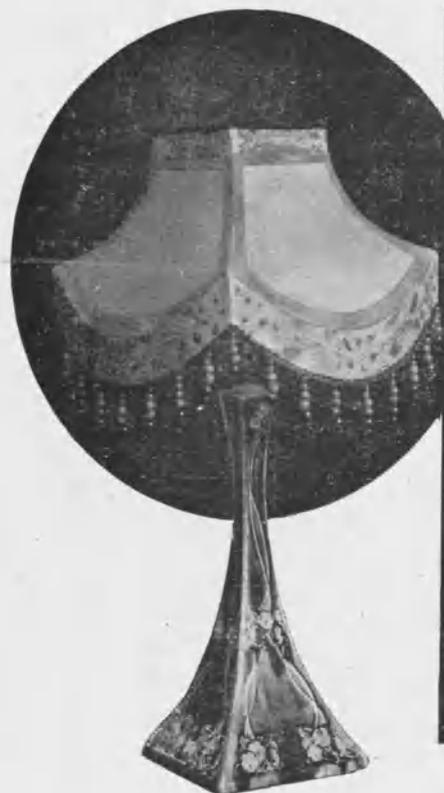




BAZAR



OLAVE E HIJO == SAN SEBASTIAN



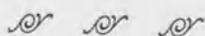
Lámpara porcelana Copenhague



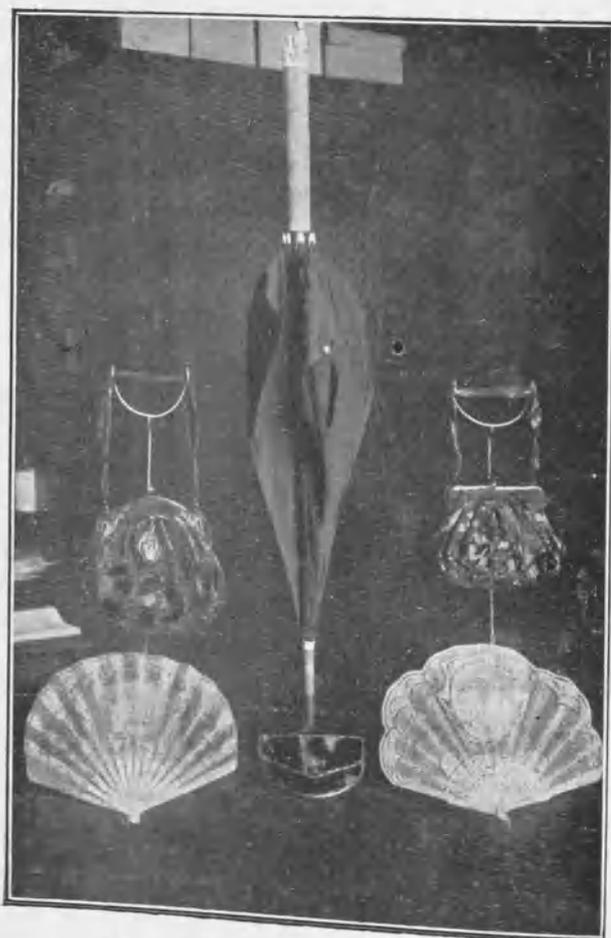
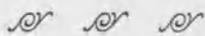
Jarrón y lámpara porcelana Copenhague



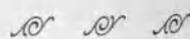
Linda chaqueta de seda, último modelo



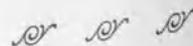
Entre los interesantes y artísticos objetos que están llamando este año la atención en el establecimiento que los Sres. Olave e Hijo tienen en San Sebastián, figuran las porcelanas de Copenhague, una de las cuales reproducimos en esta página. Por la elegancia de sus líneas y lo perfecto de su ejecución, bien merecen estos preciosos utensilios el éxito que están teniendo entre el público selecto que en esta época desfila por San Sebastián

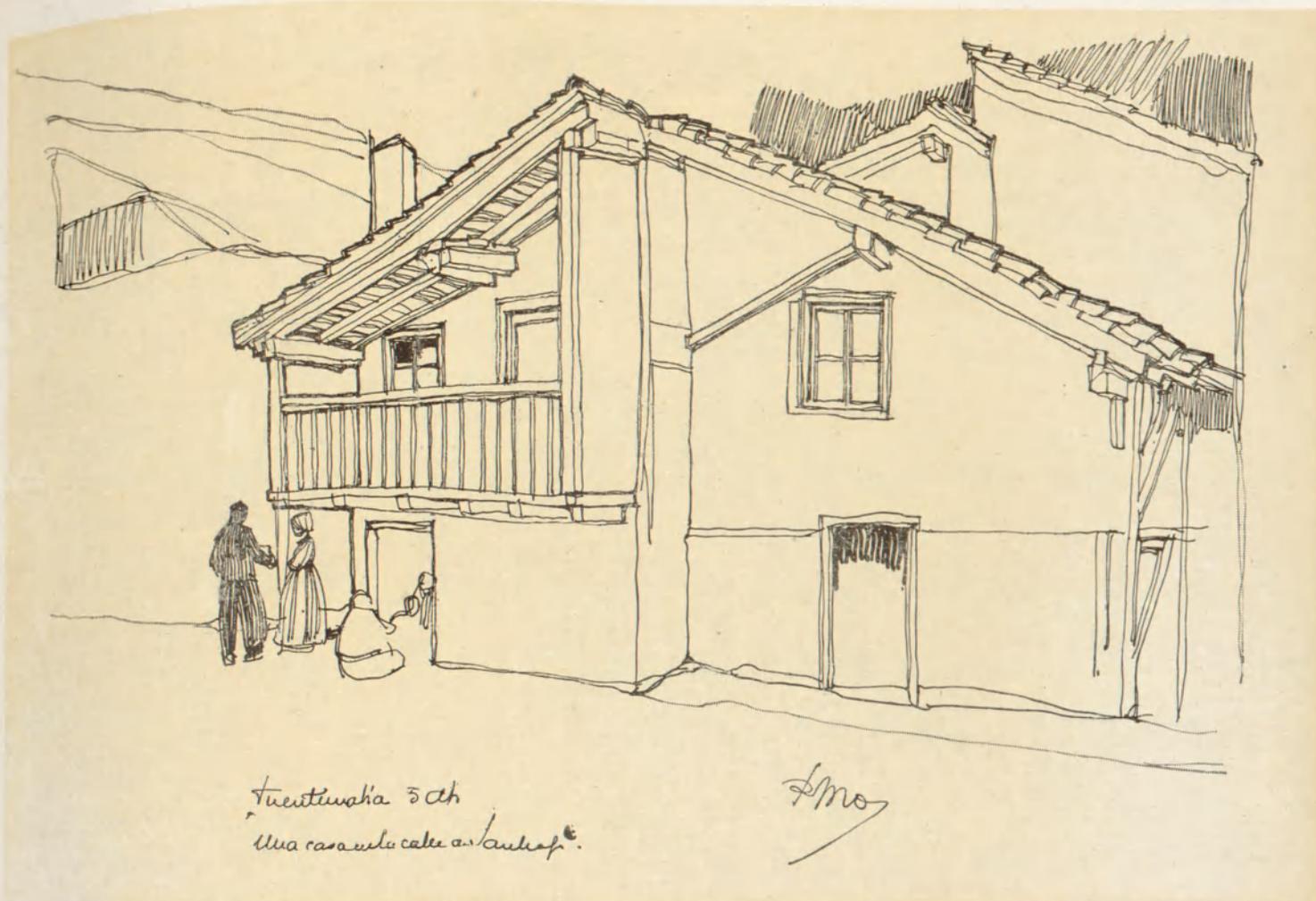


Pa raguas, abanico y bolso, última novedad



Otro de los objetos que merecen especial mención y que luce este Bazar son los abanicos, verdaderos milagros de arte y sencillez, que han conseguido gran fama entre las elegantes que veranean en la capital donostiarra. Estos objetos y otros, en los que hermanándose el arte con lo práctico, hacen del Bazar Olave el establecimiento de San Sebastián más favorecido por las aristócratas damas veraneantes.





Fuenterrabía 5 ch
Una casa en la calle de San Sebastián.

RINCONES PINTOESCOS DE GVIPIVZCOA

ARQUITECTURA VASCA

FUENTERRABIA



CUANDO LA INTREPIDEZ DEL SOLAR vasco se abría paso en el mundo entero y de él a su modo se adueñara; cuando los reyes le distinguían de modo extraordinario y a él acudían como a supremo recurso: cuando para él empezó a dejar de ser un secreto el otro lado del océano, los pueblos, villas y lugares se enriquecen de importantes casas y amplían-

se considerablemente en extensión y número sus calles y barriadas, adquieren presurosas nueva vida y su carácter adopta una peculiar fase: algo de ella, como un espectro de esa vida heroica del vasco aventurero creemos ver en las calles silenciosas y grises de Fuenterrabía. Vista de lejos es una atalaya formidable que vigila el mar, la playa opuesta y el Pirineo; asentada sobre una pequeña altura en las estribaciones del Saiz Guibel y cerrada en la costa imponente de sus murallas parece puesta a defenderse. Entrando en ella, y traspuestos los muros, la impresión cambia: es una vieja ciudad que duerme: en sus callejas solitarias donde la hierba crece a placer en el tosco encachado de sus aceras, se suceden viejas casas abandonadas, con ruinas en sus aleros y grietas en los muros, con sus escudos de armas solemnes: «Soy de Arzu», «Soy del Señor de Muxica», con sus complicados entreluces de bichas, angelotes y retorcidos, en que los niños creen ver retratos de duendes y brujas que en la casa se encierra.

En la masa general de todo este caserío se nota el es-

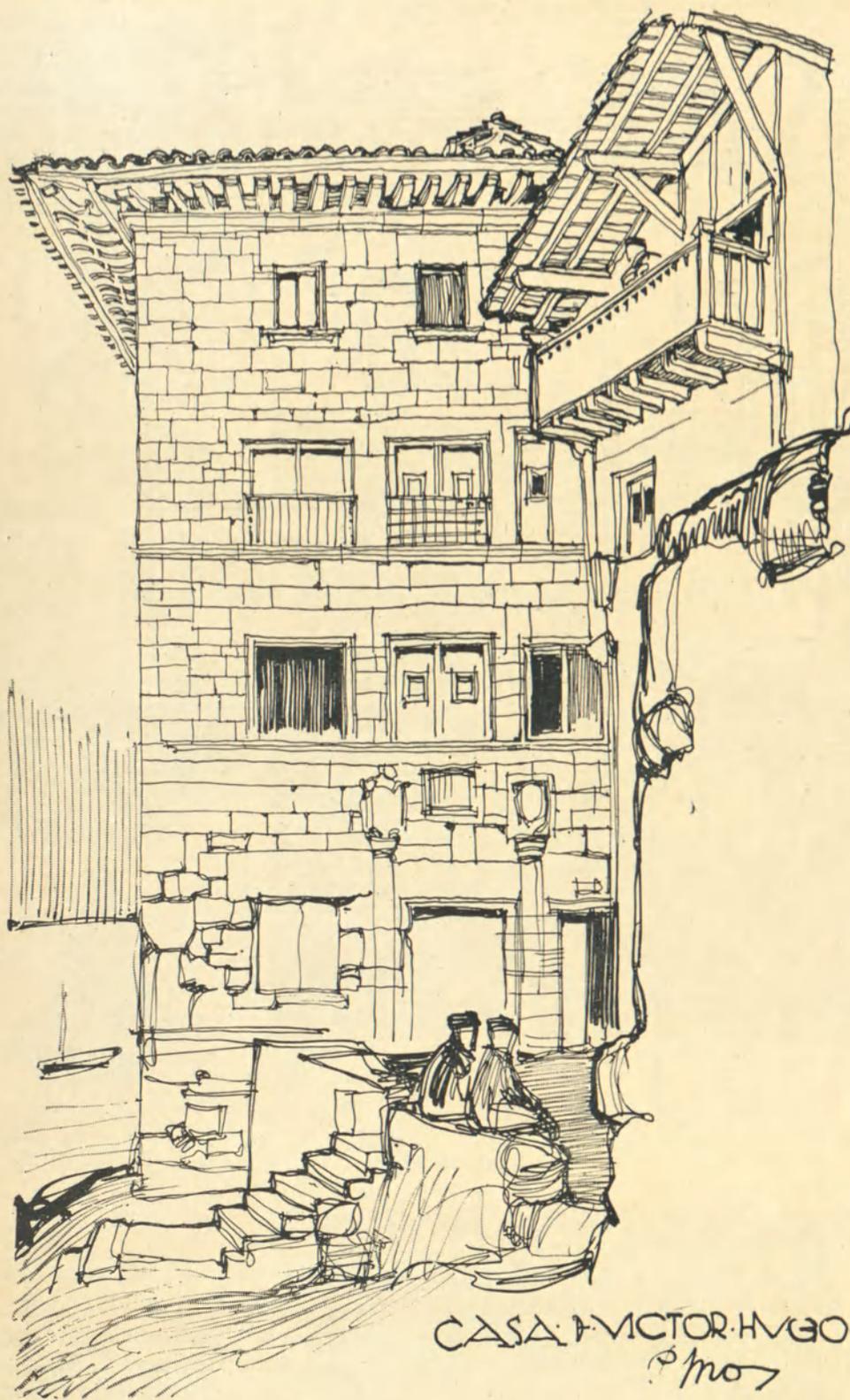
plendor de aquella época que sigue a la construcción del Palacio de Carlos I, así como influencias exóticas traídas de seguro por marinos del crucero a Flandes y a las costas del Norte de la vieja Europa. El lugar donde mayor variedad se nota de tipos de grandes casas es la calle Mayor, principal arteria de la villa y en la que hay palacios tan notables como el de los Condes de Cabezuelos, casa de construcción y traza, hermanada la casa de la Villa en Elgosbae.

Muy anterior a estas construcciones es una bella casatorre perdida en el extremo de la calle del Obispo; aún de traza gótica, sobria y majestuosa en extremo, digna de un pueblo elegido de reyes como Alfonso VIII, los Minguéz, Catalina de Lancaster...

Poco interés arquitectónico tiene el castillo de Carlos I: sólo quedan de él los viejos muros medio derruidos que dicen cual las gloriosas murallas del eterno heroísmo ondasbitarra ante el que se estrellaron los flamantes ejércitos de la nación vecina.

Un nuevo aspecto de Fuenterrabía es el muy pintoresco de la barriada marina en la planta baja y extrema de la orilla izquierda del Bidasoa; moderna toda ella, de casucas de madera y mampostería, tienen estas viviendas de pescadores un carácter interesantísimo.

Blanqueadas las paredes y pintarrajeadas de azul y verde la carpintería, con diminutas vidrieras, cubierto o velado todo ello por el parduzco tono de las grandes redes y aperos de pesca. De un lado llegan al mar estas construcciones, del otro se acomodan en la ladera del monte y forman encrucijadas y lugares muy pintorescos.



CASA VICTOR HUGO
P mo 7



LABRIGO DE LAS verdes colinas que cierran la bahía parece un tranquilo lago el trozo del

bravío Cantábrico que llega hasta beñir los cimientos de las casas que constituyen los dos barrios de Pasajes: el más interesante de ellos, el *Pasajes de Victor Hugo*, tiene varias casas notables de fachadas esencialmente distintas: al norte es el aspecto de la casa del interior, cerradas, de minutos huecos; frente al mar son las grandes balconadas abrigadas entre los grandes voladizos de los muros extremos.

Algo del sello común a los pueblos costeros tiene este barrio de Pasajes: se suceden los lugares pintorescos, resultado de soluciones ingenuas para problemas de disposición al tratar de aprovechar el escaso terreno edificable que queda entre la pronunciada vertiente del monte y el mar.



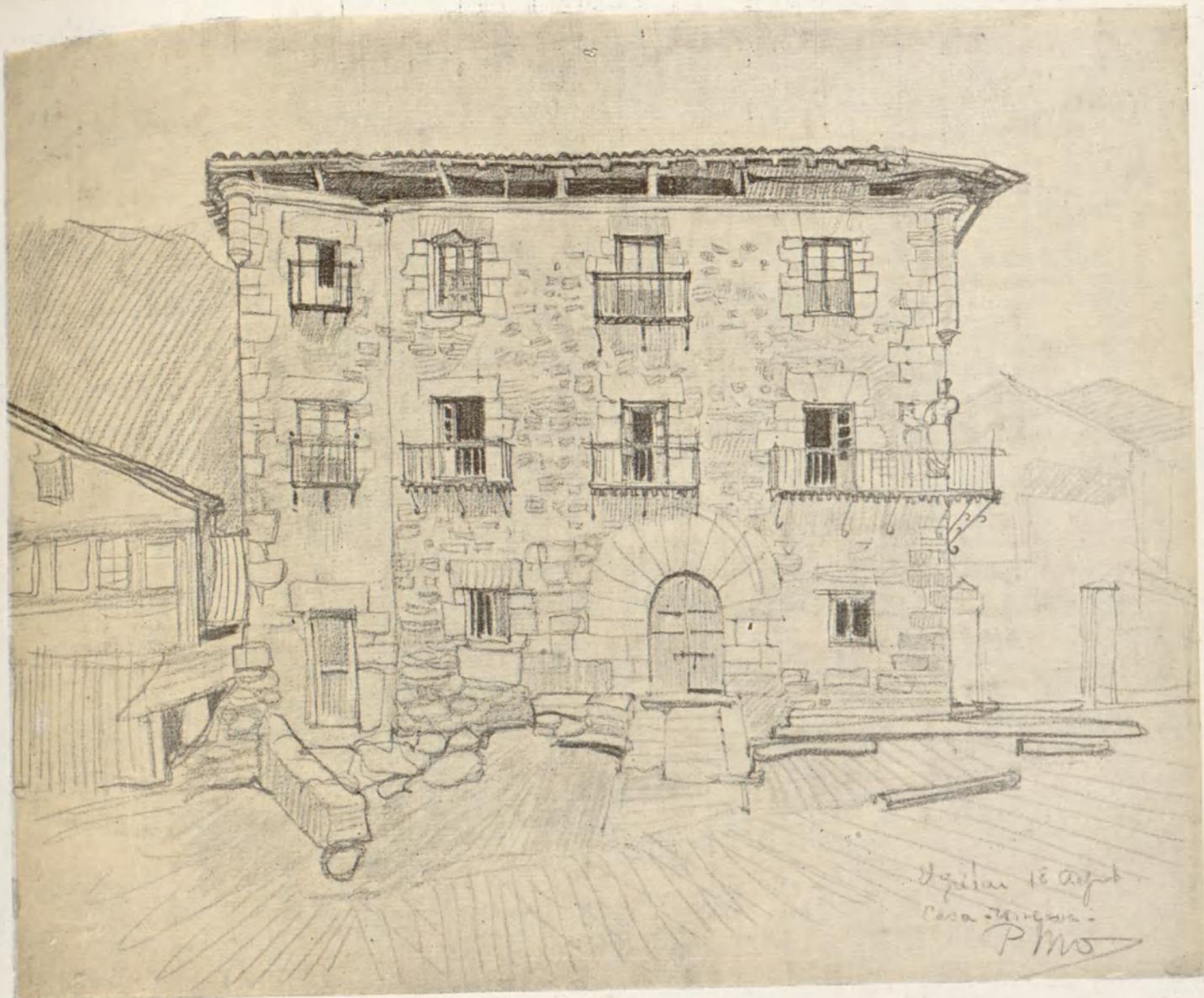
TIP



EL BARRIO DE PESCADORES

P mo 7





ELGOIBAR



EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL siglo xvi se inicia en Guipúzcoa un afán de construir y de levantar grandes casas y edificios: afán que se afirma y se robustece durante todo el siglo xvii. Restauran dos grandes señores sus casas torres o las construyen de nuevo al ser allanadas. A los pueblos costeros regresan los

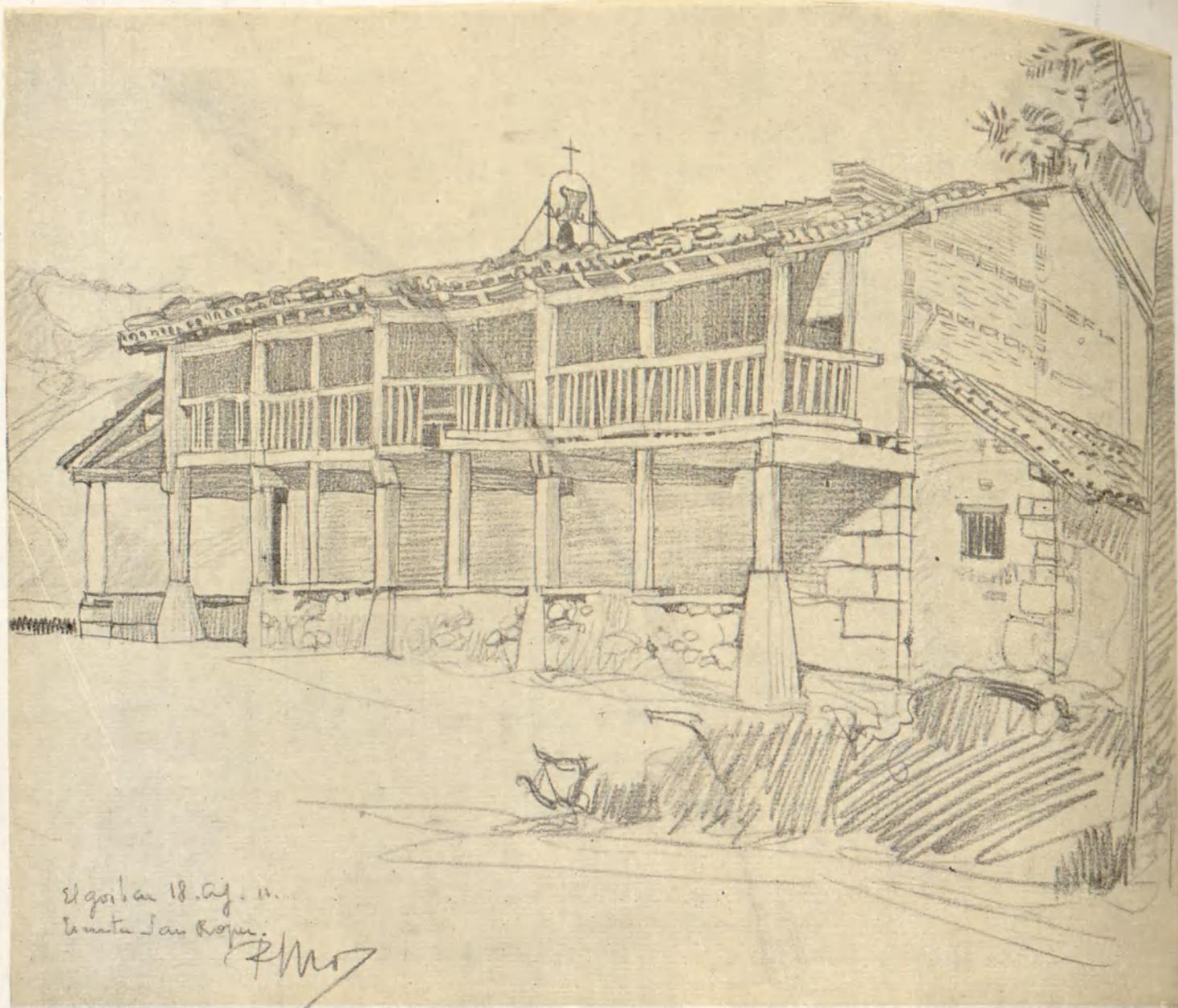
marinos que siguieron las nuevas rutas; al interior guerreros de acompañar en sus lides a Reyes y señores; de los montes bajan a villas y villorrios nuevos elementos de actividad y de vida, aumentando de este modo su extensión e importancia.

De la meseta castellana traen a las más principales villas, artifices y maestros que en su continuo hacer palacios y templos adquieren cierto renombre; entre esas villas importantes se reparten y edifican monumentos, casas e iglesias: uno de ellos formado en la escuela de Herrera viene a Guipúzcoa y le es encomendada la construcción de una iglesia sobre los restos de otra de traza gótica que en la entonces Villarreal de Marquina, hoy villa de Elgoibar existía: solo construye la torre que se concluye ya algo terciado el siglo xvii y que es un tipo muy interesante, de frecuente imitación y copia.

Con la piedra sobrante y que habíase preparado para seguir construyendo la iglesia, se edifica la casa de la villa de un tosco barroquismo y a la que semejan otras muchas casas Ayuntamientos y alguna particular, hermana de ella.

La época de su construcción coincide con las de otras muchas que en Guipúzcoa y en el señorío de Vizcaya se levantan. En la misma el desarrollo de la construcción es notorio y de ella datan multitud de casas más o menos



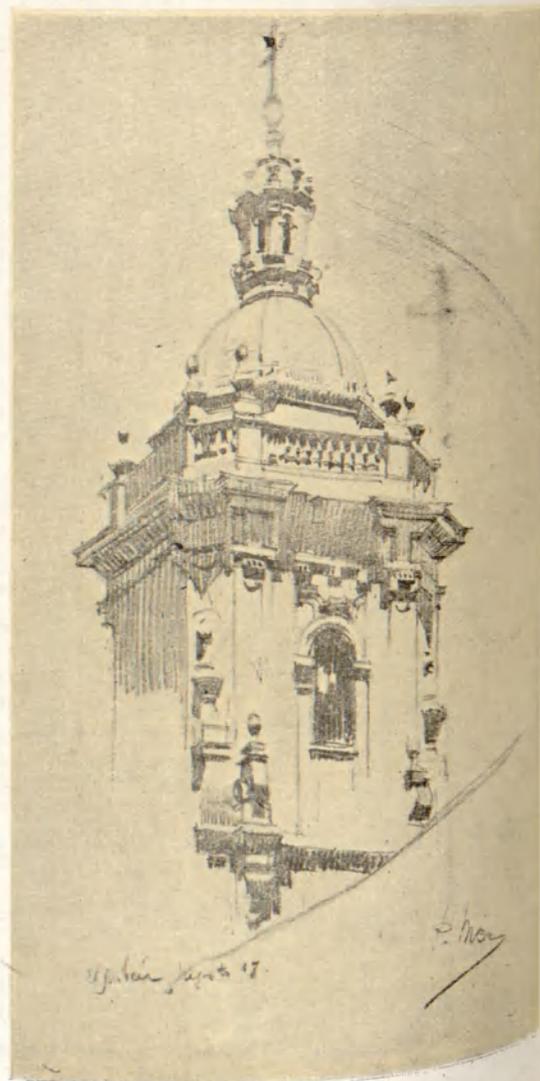


principales que entre el casco de la villa y el de sus distintas barriadas y aun en los montes circundantes se observan.

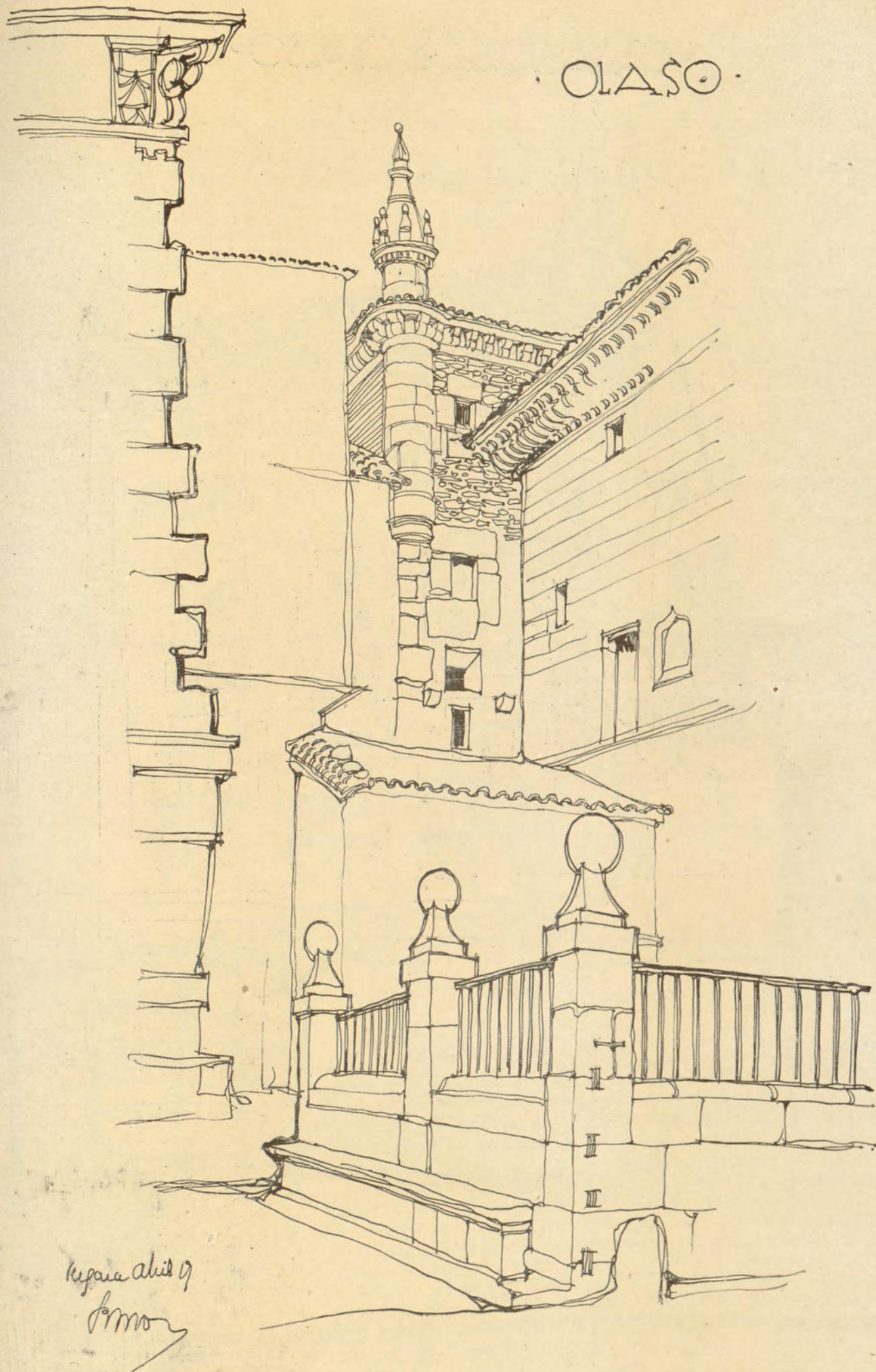
Anteriores a éstas se conservaron hasta reciente fecha restos de construcciones cuyo origen, algo posterior al de la fundación del pueblo (a mediados del siglo xiv) quizá sea correlativo del del Monasterio de San Bartolomé de Olasso que se construyó sobre el primitivo. Son esas construcciones una casa de la plaza de San Francisco y adyacente al convento de igual nombre: casa que desapareció para construirse en su lugar una *flamante* casa de frisos; otra muy próxima y de la que algo queda es la «casa de Ascue» de cuya fachada, tachonada de estrellas de mediano relieve al modo de las conchas de la histórica casa salmantina, solo quedan unos sillares y una de ellas a escasa altura del suelo; grandes cambios hubos de sufrir, pues ni en el interior ni en la fachada conserva otro rasgo notable de su primitiva hechura; más reciente es el escudo que se publica.

Posterior a éstas y no tan mutilada es la Casa-torre de Olasso, en la ya citada plaza de la que no queda sin embargo rastro de su alero ni de la decoración interior; contemporánea de su homónima de Vergara y de tantas otras, se edificó muy mediado el siglo xv. Y reformó posteriormente repetidas veces; es un tipo muy frecuente de casa solar, de planta rectangular aislada; como todas de abolengo histórico y no ajena a episodios sangrientos de las luchas entre los bandos de Mar y Gamboa, fueron los Señores de Olasso parciales del solar de Gamboa y son notables las luchas que con los de Baeta sostuvieron.

Poco más se conserva de notable, algunos detalles que escaparon a reformas tan frecuentes en villas como ésta activas e industriales; en cambio hay muy hermosos tipos de casas rurales algunas de ellas, restos también de antiguas casas solares, abandonadas al colono y paulatina pero radicalmente transformadas por éste.



OLASO.



*Repasa alus q
Armo*

VERGARA

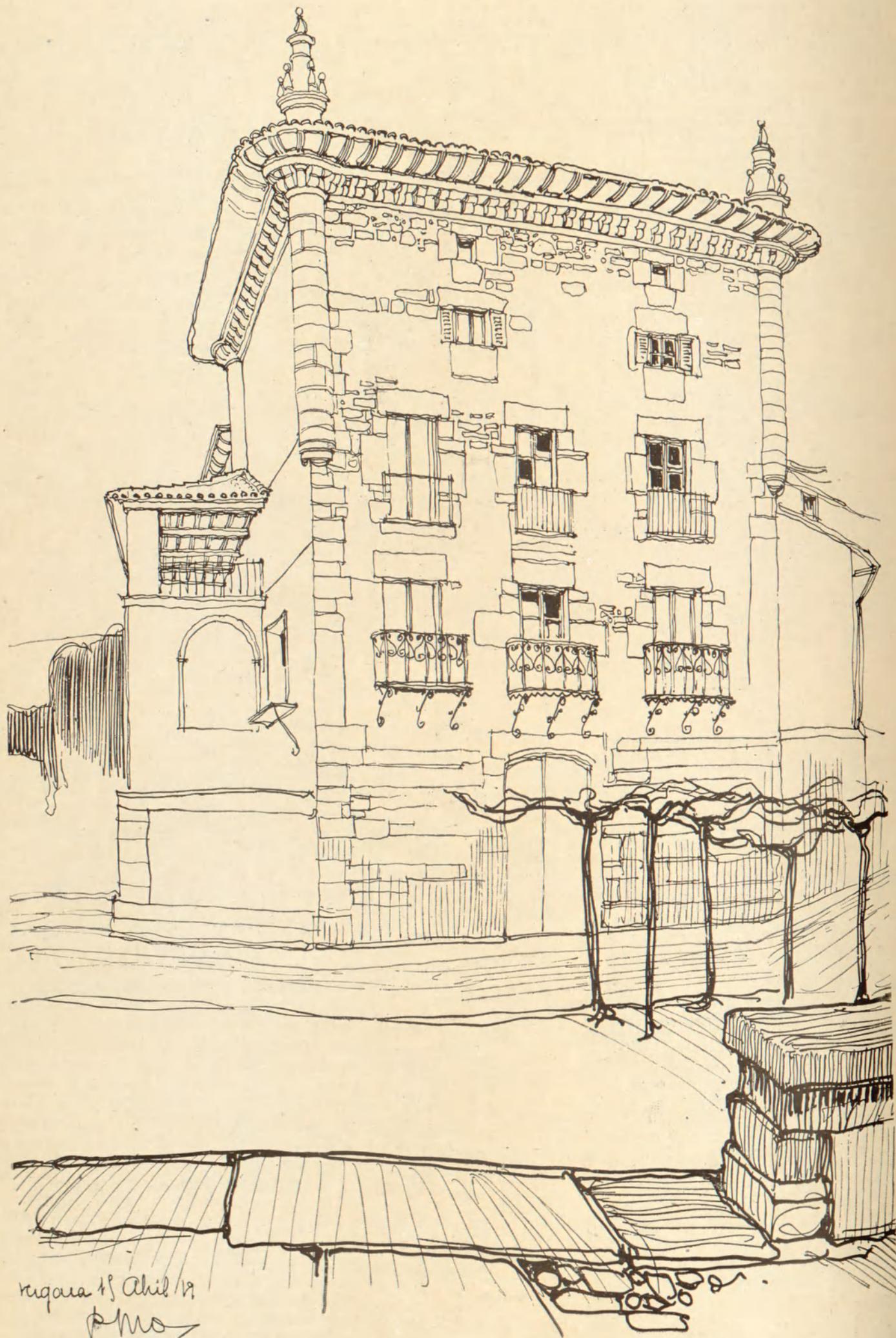


DE TODO EL PAIS VASCO ES VERGARA, seguramente, uno de los más señoriales de sus poblados: la majestad de sus reacias casonas, masas solemnes de piedra que desde Zubiaurre hasta el cementerio se su-

ceden, trasciende a cuanto las rodeas, y desde las abiertas plazuelas y su angostas calles hasta las nuevas casas todo recibe algo de la vetustez de sus sèculares muros.

Bellas y atrayentes, como pocas, son sus calles, en las que, una tras otra, sin casi interrumpirse, se alzan casas y

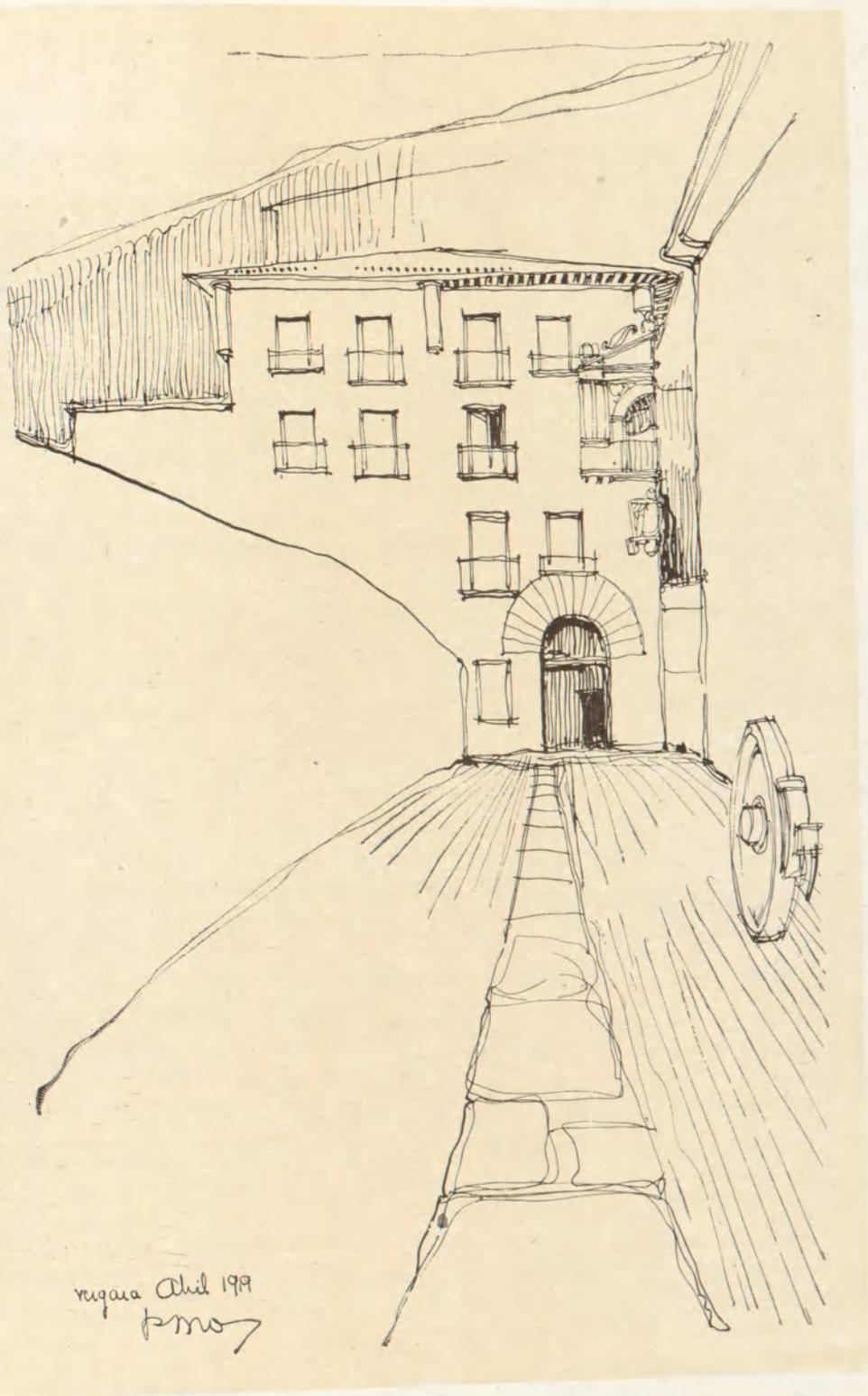
◦ CASA-TORRE · D · OLASO ◦



rigata 18 Abril 19
P. Mo

más casas austeras y vetustas con la belleza de su serena traza de sus fachadas, sin más decoración que la desnudez o el tosco acuse de su mampostería, sin más ornato que la armonía de su masa y las proporciones de sus huecos; fachadas que con solo la labra de un noble escudo o la talla robusta de un alero semejan un dechado de riqueza; mansiones de señores o de artesanos, en las que no se ve unas casas más, sino que en cada una se advina y se siente palpar un temperamento y un ideal. Calles sombrías y calladas que traen a la memoria al recorrerlas, palacios encantados, mansiones de dueñas y damas, ciudades de quimera mil veces soñadas.

Altivas y majestuosas en su aislamiento, dispersas a lo largo del río en las faldas del monte, aisladas en el pueblo, se elevan las nobles casas solares Ozaeta y Gabiria, cerca una de otra, rivales, eternamente contrarios sus linajes en cuestiones y reparto de cargos y prevendas de la vi-



urgua Abril 1911
pmo

lla; Murúa y Olosa en la parte alta; Galardi «Etxe-Aurdi», y tantas otras, cuna y origen de muchas entre las más principales familias guipuzcoanas.

Quizá sea el solar de Ozaeta el de más antiguo abolengo en Vergara; a fines del siglo XII, al poblar la villa con sus gentes el Infante de Navarra D. Fortún Garcés, un hijo de éste, Gacci Ibáñez de Ozaeta, edificó la primitiva casa-torre, a pocos metros del lugar en que la actual se halla, siendo allanada en 1457 de orden de Enrique IV.

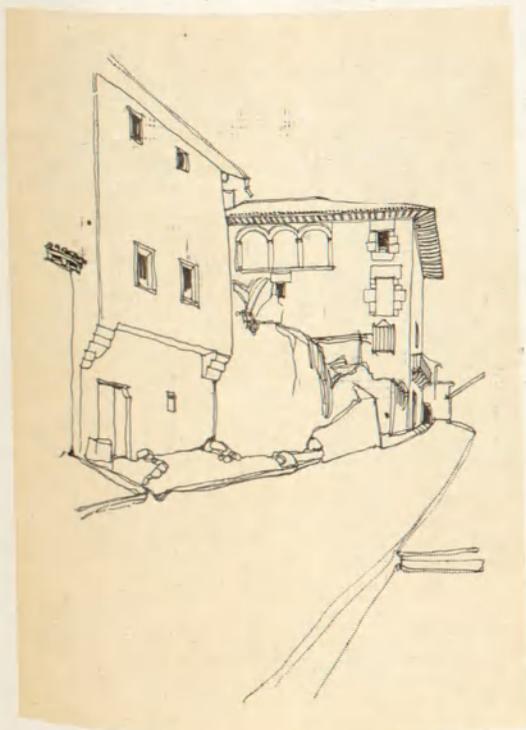
La actual casa-torre de Ozaeta se edificó entre 1549 y 1553 por su señor D. Beltrán Lope de Gallaiztegui. Está regularmente conservada, aunque reformas que ha poco se hicieron en ella desvirtuaron su típico aspecto de casa fuerte: singularmente su fachada meridional lo fué con un agregado en forma de galería a la altura de planta baja y con haberle quitado de la última la triple arcata de su solana.

Muy interesantes también en su historia y en su aspecto

monumental son cada una de las demás casas solares: Gabiria, ganada de pacientes mayores por un Ozaeta, D. Lope García; Murúa, solar de los condes del Valle; Etxe-Aurdi, Galardi-Torre, Olosa, Gallaiztegui..., solares todos cuyos nombres se repiten en la historia de la provincia como esenciales de ella.

La generalidad de estas casas son levantadas en la época de la torre actual de Ozaeta, o en tiempos algo posteriores; marcadamente renacentistas las primeras, neoclásicas y barrocas las segundas: todas de planta cuadrada o rectangular, de grandes masas de piedra, reducidos huecos y escaso ornato, rudas en todo, esencialmente varoniles, desafiando con su robustez la carcoma de los siglos. Un tipo interesante, común en Vergara, así como en algún lugar de Vizcaya, es el que en ella nació seguramente aportado por algún artifice devoto de tradiciones segovianas; son muy notables algunas fachadas de este tipo, en que los esgrafiados son figuras geométricas juntamente con estilizaciones florales y en algunos casos hasta complicadas escenas de ocuatoria.

Son notables también algunos tipos de casa rural y otros de casa entramada de madera; pero, aun siendo interesantes, nada valen ante la profusión y magnificencia de aquéllas, ante las que cede todo lo que no llegue a su linaje, aunque danse casos en que, desgraciadamente, por cualquier motivo secundario, cede una noble casa y sus piedras y tallas son arrancadas y llevadas para satisfacer el desmedido afán de quienes quieren hacerse una casa vieja.





SEGUN ALGUNOS historiadores, en un tajo de los acantilados de la costa y en las derivaciones del Asno, se fundó por una colonia romana el poblado que,

tras mucho cambiar, es hoy la villa de Motrico.

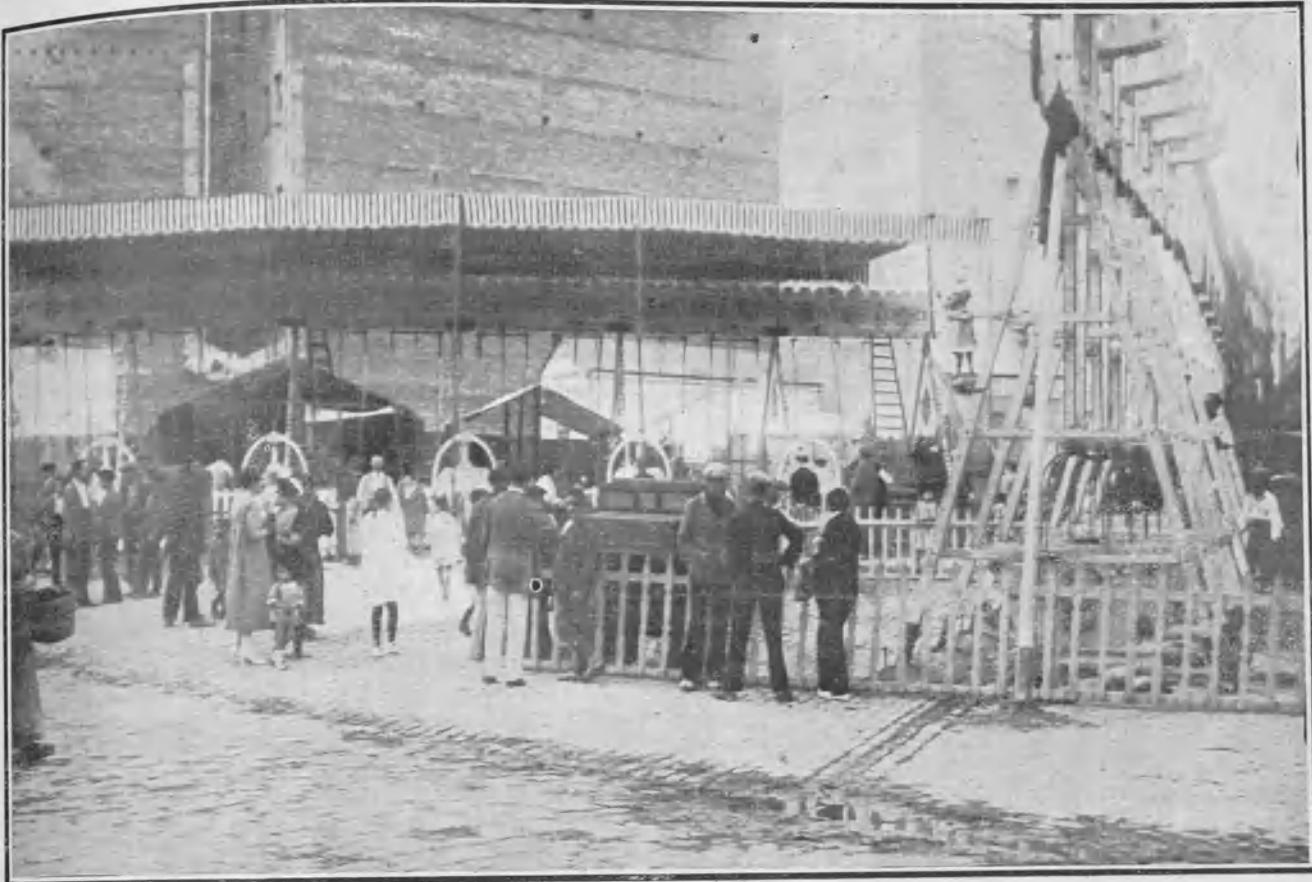
Un vasto incendio destruyó casi por completo el pueblo a mediados del siglo xvi, en 1553, y fué lástima grande, pues habría de ser interesante de conservarse su conjunto, siquiera como hasta hoy lo está un edificio próximo al puerto; casa de numerosos pisos y singular aspecto: en sus fachadas de piedra sillar y mampostería en las que simétricamente se suceden ventanales apuntados, se acusan múltiples filas de modillones y apeos que lo serían de enormes voladizos de madera, gigantescos secaderos de redes, ya destruidos.

Fuera de esta casa y alguna otra aislada dentro del pueblo, nada se conserva de la antigua villa. Y si se siguió la traza de aquella con todo lo pintoresco de su disposición y la movilidad de sus quebradas siluetas, pocas construcciones hay que en el terreno arquitectónico y monumental merezcan una especial atención; de esas pocas son las casas solares de Churruca, de los Condes de Guaqui y la llamada de Montalibet; ésta sobre la belleza de su recia arquitectura netamente barroca (un poco influenciada en algunos detalles del gusto francés) tiene la de su incomparable situación, dominando el poblado y el puerto; no así la de Guaqui, perdida en las tortuosidades de una angosta calle que del puerto sube hasta la plaza; de muy semejantes proporciones ambas y aproximadamente contemporáneas, son, dentro de sus diferencias, dos tipos bellísimos de casa solar vasca. Muy bella es la portada de la segun-

da en la que se concentra el interés ornamental de la fachada: desgraciadamente, la piedra de que está hecha, una arenisca descompuesta por eternas humedades y castigada de continuos golpes, ha sufrido hasta el extremo de perderse en su basamento toda la fina traza de sus molduras y perfiles.



*Dibujos de Fedro Muguruza Otaño,
profesor de la Escuela de Arquitectura.*



Un aspecto de la verbena de San Cayetano

LA VERBENA DE SAN CAYETANO



UBO UNA ÉPOCA EN QUE LA verbena de San Cayetano, con la de la Paloma, fueron fiestas madrileñas de majeza y «tronío» donde lucíase el orgullo del barrio al hacer de la fiesta una orgía callejera en la que, si no faltaba el

peregrino ingenio del bajo pueblo madrileño, no carecía tampoco el espectáculo de un algo grosero y repelente que hacía apartarse de él a la mayoría de las personas.

No eran las verbenas unas fiestas donde, luego de rendir fervoroso culto al santo que se festejaba, dedicábase la gente a divertirse sencilla y llanamente: eran algo orgiástico, y por eso van desapareciendo.

Hubo un alcalde que pretendió prohibir las verbenas, para acabar con ese espectáculo veraniego de Madrid, y no se

atrevió a decretar la prohibición. Pero las verbenas van desapareciendo ellas solas, muriendo asesinadas por el paganismo que latía en el fondo de esas fiestas.

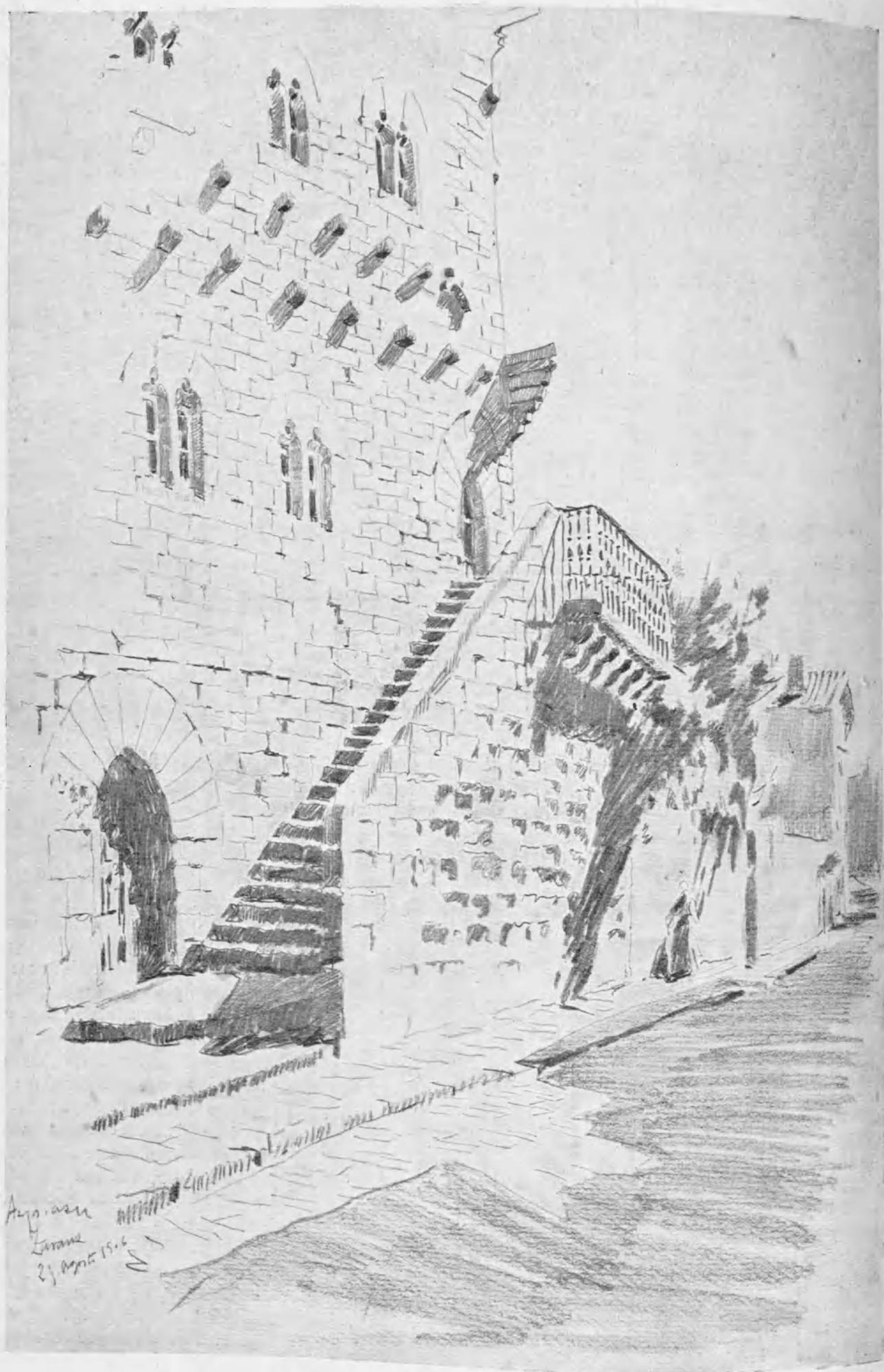
Afortunadamente, hoy sigue festejándose a los santos patronos de los barrios madrileños y se les festeja con más unción y más fe que nunca, pero apartándose de todo espectáculo orgiástico.

Y es lástima grande que estos festejos populares desaparezcan, porque, bien encauzados, bien organizados, podrían ser motivo de esparcimiento para los madrileños, festejos en los que, una vez, un distrito, otra vez, otro, fuera como una fiesta de recepción de los demás distritos, fiesta que fuese como un abrazo fraternal que en una época determinada del año se daban los madrileños todos, bajo la protección de sus santos patronos.



Un puesto de melones

(Fot. Vidal).



Azpiazu
Zarauz
27 April 1906

UN PALACIO EN ZARAUZ

Apunte a lápiz de S. AZPIAZU



He aquí dos aspectos de la vida donostiarra: el campo y el mar, en toda su grandiosa y silente sencillez.

Contemplando estos cuadros de los alrededores de San Sebastián diríase que la paz eglógica de la vida legendaria del reinado de los pastores no ha sido destruída aún y subsiste amable y acariciante como una gloriosa caricia de Dios.

Vivir entre estas gentes sencillas



en estos parajes amables es estar más cerca de Dios. Diríase que la poesía del campo y la sublimidad del mar, adentrándose hasta el alma, la hacen comprender mejor aún que en las ciudades la grandiosidad del creador de estas bellezas, y el alma rendida de gozo por la caricia de lo que contempla se rinde en absoluto a Dios para agradecerle su creación.





Cocina del Asilo Reina Victoria

SAN SEBASTIÁN

INSTITUCIONES

» BENEFICAS »

La Divina Providencia ha derrochado sobre esta simpática ciudad, no sólo sus mejores dones que le hacen ser sin disputa la población más bonita de España y la playa favorita, sino que tiene como su mejor galardón el ir a la cabeza de lo hecho en Acción Social Católica.

Entre lo mucho que la honra figura en primer lugar el «Asilo Reina Victoria», suntuoso y magnífico edificio en el que hay recogidos más de 500 asilados de ambos sexos, desde tiernas criaturitas de unos meses, hasta ancianos que ya cumplieron sus buenos noventa años.

El cariñoso celo que las Hijas de San Vicente de Paul saben poner en todas sus obras se patentiza en este Asilo en todos los menores detalles y son de admirar los higiénicos y limpios dormitorios, los cuartos de aseo, baños, duchas, peluquería, cocina, refectorios, etc., instalaciones verdaderamente modelo, que unido todo esto al sitio tan sano y pintoresco donde está enclavado, completan el magnífico balance de lo que con la Caridad puede hacerse.



Iglesia de San Vicente



Comedor de ancianos

Un detalle curiosísimo y que dice hasta qué punto les preocupa a las buenas monjitas el bienestar y solaz de sus viejecitos es el famoso «Casino», donde después de

las comidas y el trabajo se reúnen los «asiduos» a jugar su partidita de billar, tresillo, dominó y leer algún periódico (retrasado) que algunas personas caritativas envían



Comedor de ancianas y depárvulos



Pabellón de ancianos.—Un dormitorio

y que desde estas líneas, y dirigiéndome al buen corazón de los lectores de *VOLUNTAD*, pido para ellos los periódicos, revistas y libros que una vez leídos hayáis de poner en un rincón con la seguridad de que, con bien poco, procuraréis el entretenimiento y consuelo de tantos pobrecitos.

Están además el Asilo de San José para niños y niñas de la clase obrera, en el cual reciben alimentos y educación durante el día y son recogidos por la noche por sus familias. Está también a cargo de las Hermanas de la Caridad. El Asilo Matía para ancianos de ambos sexos sólo vascongados y en el que hay un centenar de asilados también a cargo de las Hermanas de la Caridad.

El Asilo de las Hermanitas de los Pobres con cerca de 400 ancianos.

El Asilo de niñas ciegas que dirigen y sostienen las Dominicas Francesas y donde estas pobrecitas niñas reciben una educación de lo más esmerada.

El Asilo de San José de la Montaña a cargo de las Religiosas de Nuestra Señora de los Desamparados, las que recogen a las niñas huérfanas.

El Asilo de Caridad en el que se reparten raciones de comida a todo pobre que se presenta y en el que dan albergue a los desgraciados que carecen de

domicilio y a los pobres transeuntes.

Hay un magnífico Hospital de San Antonio y en proyecto otro nuevo de fundación Goyeneche con una base de cuatro millones de pesetas.

Aparte de este están los Sanatorios Antituberculosos, Cruz Roja y Santa Isabel, montados con todas las comodidades y exigencias médicas al día.

Largo de narrar sería lo que había que decir sobre lo hecho en la Protección a la Infancia con sus dotaciones a las parturientas pobres, además de la asistencia médica, ropas, etc.

Merecería también capítulo aparte «La Gota de Leche», en donde se reparten gratuitamente más

de mil biberones diarios de leche esterilizada y es fuera de duda el mejor montado de España.

Entre las Obras Parroquiales admirablemente organizadas en todas las Parroquias mencionaremos sólo algunas de la más antiguas de la ciudad, Fs. Vicente, en cuya demarcación está también el Círculo Católico de Obreros, fundado el año 1884 por D. Luis María de Echevarría, y que cuenta con domicilio propio, donde tienen salón de recreo a disposición de los socios y oficina para los diversos servicios, que son: Socorros en casos de enfermedad de 2 a 2,50 pesetas diarias, según



Casino de ancianos

el número de años que lleven en la Sociedad; socorro de Medicina y Farmacia, en la que ingresan los que con un aumento de cuota desean la asistencia médica y farmacéutica gratuita, la llamada Hermandad de la Caridad, que es una agrupación de mutualidad, en la que cada mutualista (hoy son doscientos los que constituyen esta Hermandad) ingresa en el fondo común una peseta, en caso de fallecimiento de un compañero recibiendo la familia de éste una suma igual en pesetas al número de mutualistas, la Hermandad de San José en la que están inscriptos más de 100 obreros que acuden todos los domingos a la reunión que se celebra en el domicilio social a las once y media de la mañana presidida por un Padre de la Compañía de Jesús, quien pronuncia una breve plática religiosa implorándose la protección y ayuda del Santo Patrono y las llamadas Madres profesionales organizaciones obreras con régimen y administración propias instituidas cuando este género de Asociaciones católicas en el orden industrial hoy conocidas con el nombre de Sindicatos apenas existían en España.

Otra de las Obras que mayor fruto dan entre las enclavadas en la Parroquia de San Vicente es el Patronato de la Inmaculada, Colegio dirigido por los Hermanos de la Escuela cristiana, en donde se da a ciento cincuenta jóvenes de familias de la clase popular enseñanza gratuita tan elevada que los alumnos que se presentan en oposiciones en casas de banca se llevan las plazas indeliblemente como en la última provisión de la caja de

ahorros los siete que se presentaron. Además tienen la Schola Cantorum, dirigida por el Sr. Muñoz, que está solicitada por el Nuncio de S. S. para llevarla a Roma.

Existen en todas las parroquias las Mutualidades catequistas; la de San Vicente se compone de 600 chicos y 255 chicas con socorros mutuos y sección de previsión de la vejez.

No terminaremos estas cortas líneas sin consignar la existencia de los Sindicatos de Modistas y Obreras de Nazareth y la Junta de Acción Social Católica, fundada por el Sr. Obispo de la Diócesis Ilmo. Sr. D. Leopoldo de Eijo a raíz de la primera semana social diocesana y que creó una sociedad anónima de casas baratas con un capital de 1.000.000 de pesetas cuyo primer grupo se inaugurará este mes de Agosto.

(Fots. Marín)



Labores de los ancianos.—El primero es sordo-mudo y el cuarto padece una lesión en el corazón





¡, SEÑORES, SÍ; HABLEMOS DE DINERO.

Bien mirado, es lo más conveniente, porque si hablamos de otra cosa no nos va a hacer el menor caso ningún alma nacida.

Pocas cosas había que fueran más interesantes antes de la guerra; pero desde que la pelea universal estimuló la codicia de todos, chicos y grandes, altos y bajos, y hasta los más humildes, se atrevieron a intervenir en los negocios de todas clases, lícitos o ilícitos, es inútil tra-

tar de palabra ni por escrito otro asunto que no sea el de los bienes materiales.

—¿Viste la última Exposición de pinturas?, pregunta usted a un amigo.

—No tuve tiempo, contesta él; anduve aquellos días muy ocupado vendiendo marcos y comprando coronas. Los de la peña del café habíamos formado sociedad para ganarnos honradamente unas pesetas, y ya comprenderás que pensando en los marcos... ¡cualquiera se acuerda de los cuadros!

Dice uno a cualquiera:

—¿Qué tal es la obra estrenada anoche?
Y cualquiera responde:

—No fui a ningún teatro. Estaba citado con uno de Miraflores de la Sierra que me ofrece una prima si logro colocarle una partida de requesones que se le han avinagrado un poco.

Trata usted de averiguar si Fulano ha leído la novela Tal o se ha enterado del artículo Cual, y Fulano le interrumpe a usted sin dejarle de acabar la frase:

—Déjame de literaturas y armas al hombro. Yo no leo ya más que las cotizaciones de Bolsa, porque lo demás es perder el tiempo.

Y así sucesivamente.

Hablemos, pues, de dinero, o cosa que lo valga, y que Dios Padre nos perdone.

Todos los ministros de Hacienda de España parecen cortados por el mismo patrón.

Y, por consiguiente, el actual, como los que le antecieron y los que le sigan, cree que su misión se reduce a inventar contribuciones, gabelas y socialías de todas clases o a aprovechar las inventadas para inundar todo el territorio de la Península e islas adyacentes, y se pasa las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio pensando en vaciar los bolsillos de la mitad de sus conciudadanos para llenar los de la otra mitad, que es, en resumidas cuentas, en lo que consiste todo el *intrínquilis* de los Presupuestos.

Todos los elogios que se han dedicado siempre a los más ilustres administradores del Erario público lo han sido a su habilidad, no para proteger las fuentes de riqueza sin esquilmar a los contribuyentes, sino para encontrar motivos o pretextos de nuevos tributos... y para crear nuevas oficinas recaudadoras que, a lo mejor, gastan doble de lo que recaudan. Y, a pesar del talento de los hacendistas y de los diirambos en letras de molde que se aplican a los que hacen los cálculos, a los quince días justos y cabales de llevarlos a la práctica hay que pedir prestados algunos cientos de millones, hipotecando el trabajo y la producción de la generación presente y de unas cuantas de las futuras.

No hace mucho tiempo leerían ustedes en todos los periódicos que la nación sentía la necesidad de un empréstito grande, y el empréstito grande se hizo, efectivamente, porque esas necesidades de la nación se satisfacen en seguida. Pero... como si no se hubiera hecho, porque la mayor parte se empleó en salir de trampas anteriores y el resto se lo tragó en un abrir y cerrar de ojos el monstruo insaciable de la burocracia. Se pagó lo que se debía pero no hemos adelantado nada, porque debemos otro tanto, y hay que añadir a la carga perpetua los intereses del salvador empréstito.

Si a un mayordomo o un ama de llaves encargados de regir una casa no se les ocurriera, para nivelar ingresos

y gastos, otro procedimiento que el de recurrir al préstamo incesante, serían despedidos inmediatamente para que los amos respectivos no acabaran pidiendo limosna. Y he aquí que el buen pueblo español no sólo no despierte a nadie, sino que *compadece* muy sinceramente a sus administradores cuando lee en la Sección financiera de los periódicos sueltos por este estilo:

«El Sr. Ministro del ramo anda muy atareado estos días. No come, ni bebe, ni chupa, ni besa, dedicado a la improba labor de preparar una nueva emisión de obligaciones cuya cuantía se fijará cuando los restantes Ministerios le envíen nota de lo que necesitan para tirar un par de meses, al cabo de los cuales habrá que acudir otra vez al crédito en una u otra forma. De las relevantes dotes del ilustre hacendista espera el país grandes y provechosas iniciativas en este sentido.»

Y vamos a cuentas. De esas preocupaciones que amargan la vida de los señores Ministros, de ese no dormir ni sosegar para buscar dinero, reuniendo a los banqueros cada quince días, ¿quién sino ellos mismos tienen la culpa?

¿Es que al estudiar y madurar sus planes tuvieron otra idea que la de satisfacer todas las codicias, halagar todas las ambiciones, proteger espléndidamente a cuantos lo solicitaron y rendirse ante todas las amenazas?

¿Es que tuvieron siquiera la intención de suprimir organismos y plazas inútiles, poniendo en la calle a la legión de vagos que viven agazapados en la nómina y no derrocharon a sabiendas el caudal de la nación con el pretexto de mejorar los servicios y de favorecer la cultura?

Pues, ¿con qué derecho demandan conmiseración al encontrarse metidos en atolladero de apuros y de dificultades?

Antes fué cuando hicieron falta la energía y las altas dotes, que para pedir dinero prestado cualquiera las tiene.

No; el Ministro de Hacienda ideal no será el que demuestre mayor actividad para descubrir «bases contributivas», ni para entenderse con los prestamistas poniendo en circulación más títulos, con sus correspondientes cupones, sino el que sepa rechazar coacciones e influencias; el que corte, raje y pade sin piedad las ramas que estorban, el que se atreva a dar la batalla a los parásitos y el que, si no puede resistir el choque con los intereses creados, caiga airoosamente derribando las columnas del templo.

Llevar al país a la bancarrota y al desorden sirve para justificar la pensión de la cesantía, tener el valor necesario para granjearse el odio de los más y el agradecimiento de los menos: es portarse como es debido y servir a la patria.

Y ya podemos dormir tranquilos, porque hemos hablado de dinero.

SINESIO DELGADO



FIGURAS DE ACTUALIDAD

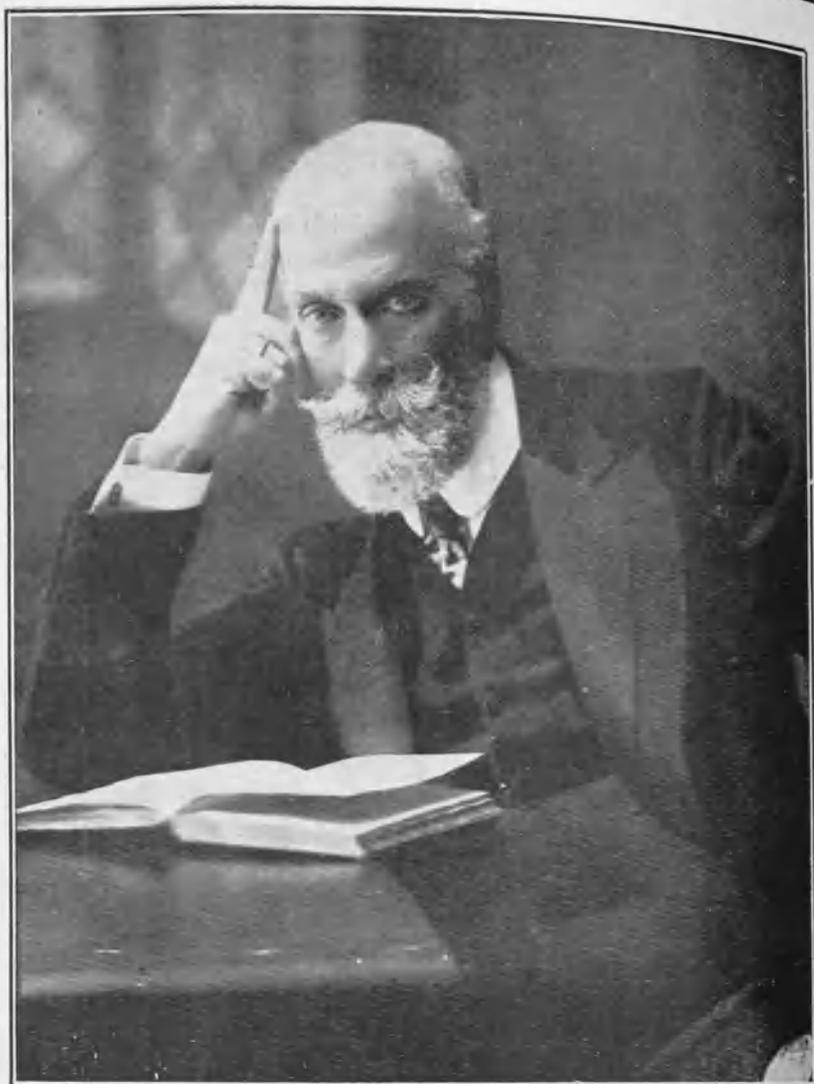


EL AYUNTAMIENTO DE Madrid ha nombrado hijo adoptivo al Excelentísimo Sr. Duque del Infantado. El pueblo de Madrid, representado por la Corporación municipal, ha querido significar de este modo su gratitud al ilustre Marqués de Santillana por su generosa actitud durante el último conflicto suscitado en esta corte a consecuencia de la falta de agua. A los muchos honores que ostenta el Duque del Infantado une ahora este que acaba de otorgarle el Ayuntamiento madrileño, y que, por su carácter popular, es, indudablemente, uno de los más valiosos que enaltecen la brillante historia de este ilustre aristócrata.

El alevoso asesinato del ex Gobernador civil de Barcelona, Sr. Maestre Laborde, Conde de Salvatierra, ha producido enorme indignación en todos los españoles que rinden culto a la nobleza de los ideales y a la rectitud de conciencia.

El Sr. Maestre Laborde fué a Barcelona a combatir los desmanes de los elementos revolucionarios, y ha pagado con su vida el noble y esforzado brío de su gallarda y patriótica intención. Por la Prensa diaria conocen ya nuestros lectores los tristes detalles de este doloroso suceso, que ha originado, como decimos, la unánime protesta de todos los buenos españoles.

El pueblo de Avilés ha celebrado estos días una serie de actos brillan-



El eximio novelista D. Armando Palacio Valdés

tísimos en honor del insigne académico y novelista D. Armando Palacio Valdés, hijo ilustre de aquella localidad, y uno de nuestros más distinguidos colaboradores. A tan justo homenaje se ha sumado el Gobierno, asistiendo a dichos festivales el ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, señor Espada. Al propio tiempo le han demostrado también su admiración al gran escritor los elementos intelectuales y los representantes de todos los organismos y corporaciones de Asturias.

Ortega Munilla, el glorioso paladín de tantos nobles ideales, pronunció un discurso notabilísimo durante la gran fiesta artística y literaria celebrada en honor de Palacio Valdés.

El homenaje de que hablamos ha constituido uno de los actos más brillantes que de muchos años a la fecha ha tenido efecto en aquella hermosa población de la costa del Cantábrico.

VOLUNTAD, que siente por el gran novelista una admiración profunda, le felicita cordialmente por el hermoso y conmovedor homenaje que le acaba de tributar el pueblo que le vió nacer.



El Conde de Salvatierra



A la Revista "Voluntad"
previa a la facultad del alumn.
a suceso mis
Superfado familiar

Orientaciones saludables



L. OSSERVATORE Romano, El Corriere d'Italia y nuestro querido colega *El Debate* se ocupan extensamente en el comentario de un importante discurso del ministro de Instrucción pública italiano, Benedetto Croce, sobre uno de los temas

que, justa y profundamente, preocupan en la actualidad a pueblos y Gobiernos: la reorganización de la enseñanza. Es Benedetto Croce una personalidad significada dentro del campo liberal. Sus estudios de crítica filosófica y literaria le dieron fama universal de hombre inteligente y docto, y su noble y vibrante campaña contra la literatura enervante y malsana de Gabriel d'Annunzio convirtió el renombre en popularidad. He aquí los párrafos del interesante discurso que se refieren al laicismo escolar:

«Para que la escuela sea verdaderamente educadora y haga que el individuo perciba su papel social, debe la escuela ser religiosa. De estas palabras pienso que algunos se escandalizarán, pero serán los que interpreten lo religioso en un sentido estrecho y mezquino, mientras que para mí es un sentimiento religioso el que nos mueve a todos, de cualquier partido que seamos, siempre que procedamos con pureza de corazón.»

«Comprenderéis fácilmente otra declaración mía que ha causado escándalo, porque no puedo yo aceptar el concepto de la escuela neutra o atea, es decir, de la escuela privada de espíritu que la anime, de la escuela que se declara indiferente a lo que debe ser su finalidad esencial y su principio vital: la educación. Me apresuro a añadir, en honor del género humano, que una escuela así no ha existido ni existirá jamás. ¿Qué significa, pues, eso de la escuela neutra? Es una de tantas palabras convencionales que son de uso corriente y que para circular no necesitan tener sentido. No espereis que con palabras de esta clase os hable vuestro ministro de Instrucción pública, ni espereis oír de mis labios imputaciones triviales contra el Cristianismo, del que ya dije otras veces que ha creado la vida moral en que vivimos todavía, de tal modo que en cierto sentido es innegable que todos somos cristianos.»

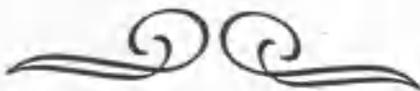
He aquí las palabras de un hombre leve deado entendimiento y recta voluntad, pronunciadas con la medida propia de un ministro que habla al Parlamento, pero terminantes y explícitas de tal modo que no puede cabernos duda sobre su sentir. La personalidad de Croce, una de las más ilustres fue-

ra del campo católico, y la forma oficial y pública de sus declaraciones, hace que éstas revistan verdadera importancia y aparezcan como un nuevo síntoma consolador y feliz de la universal orientación hacia el Catolicismo. Un siglo largo ha transcurrido, durante el cual hombres de buena fe se dejaron ofuscar por la utopía del laicismo y neutralidad de la enseñanza, disfraz, en la práctica, del sectarismo antirreligioso y anticatólico, cuyos amargos frutos hemos empezado ya a recoger. Han sido precisos el dolor y las lágrimas, la conmoción profunda y violenta con que la tremenda guerra mundial ha sacudido a la Humanidad entera para arrancar, al fin, de sus entrañas un grito de angustia y despertar la fe que dormía en el corazón de los mortales.

Los pueblos menos sospechosos de fanatismo reaccionario, Inglaterra, los Estados Unidos y ahora Italia, por boca de uno de sus más ilustres gobernantes, son los primeros en confesar alta y públicamente y en reconocer por los frutos comparados de la enseñanza laica y la confesional, que es preciso volver a la doctrina de Cristo, que fuera de ella no hay salvación.

VOLUNTAD se complace en recoger y transcribir las palabras del honrado y elocuente ministro italiano para gloria de éste y para consuelo de sus católicas lectoras. Mediten dichas palabras las mujeres cristianas y conscientes, que a todas corresponde, dentro de su misión de madres y compañeras, educadoras e inspiradoras del hombre el derecho a pensar que asiste a todo miembro de la Humanidad inteligente y el derecho y el deber de influir ya callada y suavemente en el íntimo recato del hogar o en el trato y relaciones sociales, ya alguna vez también en forma más enérgica y rotunda cuando el caso es grave y peligran en la demanda sagrados intereses de la religión, la familia o la patria. No han pasado muchos años desde que un acto de firmeza y valentía de las católicas españolas fué parte muy poderosa para conservar en nuestras escuelas la tradición santa de la enseñanza cristiana.

Hoy, como ayer, y mejor que ayer, por los felices presagios que en el mundo aparecen, aun en medio de persistentes luchas, confusiones y errores, usen las mujeres católicas el arma poderosa de su bienhechora influencia, presentando a los suyos, a aquellos en cuyas manos está el gobierno y la suerte de la patria, el alto ejemplo de un ministro liberal extranjero, universalmente respetado, que les sirva de estímulo cuando a una reforma sana se oponga el sectarismo de laicos y anticlericales, y recuérdense que la verdadera independencia y la verdadera valentía están en obrar con arreglo a los dictados de la razón y de la conciencia.



AÑO
II

VOLVNTAD

NUM.
19



LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA
(CUADRO DE CERESO)

(Fot. Lacoste)



LO MORAL Y LO JURÍDICO



IVIDE Y VENCERAS, decían los antiguos estrategas. Y los escolásticos antiguos trasladaron a los campos del pensamiento el apotegma, cambiando apenas el *divide* por *distingue*.

Todo lo real es soberanamente complejo para nuestra pobre inteligencia. Y lo más complejo, entre todo lo real que el universo nos ofrece, es lo humano, como el mismo Santo Tomás observa. Precisamente porque el hombre entre todos los seres visibles es el más perfecto; y la perfección del ser, es densidad, plenitud... —Dios, plenitud absoluta y esencial del ser, en medio de su simplicidad suma, implica igualmente para nosotros una suma complejidad, que le convierte para toda inteligencia creada en un insondable misterio.

La inteligencia procede en sus discursos dividiendo; que no otra cosa que dividir es abstraer. Y cuando no ha llegado a dividir convenientemente la realidad de las premisas del raciocinio, no podrán ser sus conclusiones sino falsas e inseguras.

En las ciencias de observación se procuran llevar los análisis *divisorios* con el mayor rigor y hasta el último extremo. De otro modo a ningún resultado práctico llevarían. No basta saber que la sangre está mala y que el hierro, por ejemplo, es bueno para la sangre, para concluir que a toda persona con la sangre maleada es hierro lo que debe proporcionársele. Es preciso distinguir, entre los muchos elementos de la sangre, cuál es el que

anda mal y rompe el equilibrio, para proceder sobre seguro.

En las ciencias que podemos llamar humanas, no suelen aquilatarse tanto los análisis ni se aplica ese rigor en los procedimientos; y... así suelen salir las conclusiones.

* * *

Bien recientemente anduvo por la prensa un ejemplo característico de lo que venimos diciendo. Detengámonos un instante, sólo así, por vía de ejemplo, a examinarlo.

«El trabajo, se decía, es un deber ético y obliga a todos por lo tanto. Urge buscar sanciones para los holgazanes, aunque sean ricos y no necesiten trabajar».

Este raciocinio falla por muchos conceptos (1), y ante todo, por no tener bien distinguida intelectualmente (con idea clara y *distinta* pudiéramos decir) la complejísima realidad humana. Cualquiera puede ver, con sólo fijarse, cómo en la premisa se habla explícitamente de algo *ético*; y en la conclusión en cambio se habla de algo *jurídico*, pues no a otra cosa puede referirse eso de *buscar sanciones*.

La ética, *en cuanto tal*, no tiene su sanción en este mundo, ni los hombres tienen propiamente derecho alguno para tratar de sancionarla en sus semejantes.

El tránsito de lo ético o moral a lo jurídico es, pues, ilegítimo.

(1) Por ejemplo, la dificultad de precisar lo que es trabajo: ¿trabaja un Balmes cerrado de puertas y ventanas para filosofar y concentrar mejor sus ideas? ¿trabaja un místico, entregado a la perpetua *holganza* de sus interiores meditaciones? ¿trabaja el artista revolviendo invisiblemente en su alma y dando tiempo y tiempo a su imaginación, en busca de una forma plástica aceptable para el ideal soñado de belleza?...

Pregunta Santo Tomás si basta que una cosa sea buena (moralmente) para que el legislador pueda dar una ley ordenándolo; y responde que no basta. Las leyes humanas, es decir, lo jurídico, tienen un campo por lo común más restringido que la ley moral, aunque alguna vez puedan al parecer llegar a sobrepasarla. Y San Agustín, a propósito nada menos que de la pública fornicación, pregunta si el legislador debe prohibirla, y responde que no, como es bien sabido.

¡A dónde se llegaría si todo lo ético hubiera de ser sancionado política y socialmente! No. Lo ético y lo jurídico se distinguen. Y si es malo *separar* estos dos órdenes o elementos de la realidad humana, es también malo y funesto *confundirlos*. La Moral y el Derecho no deben estar separadas ni confundidas, sino como lo están en la realidad, relacionadas... y distintas.

La moral es la que regula las relaciones del hombre a Dios y nos ordena al último fin, que es Dios mismo. Y por ser Dios quien es, principio universal de todos los seres, y por ser el último fin el que subordina a sí todos los demás fines, síguese que la moral alcanza a toda la vida del hombre, a toda acción del hombre en cuanto tal, interior o exterior, en orden a sí o en orden a sus semejantes, pero siempre este punto de vista.

El Derecho, en cambio, nos ordena en relación propiamente con solos nuestros semejantes; y esta ordenación tiende a un fin que no es el último, porque se ha de cumplir aquí sobre la tierra.

La Moral, pues, abarca mucho más. Y por esto es, como antes indicábamos, contra toda lógica, deducir de una premisa moral simple y para una conclusión jurídica.

Las aplicaciones que esto tiene en el campo del feminismo son numerosísimas. Pero por ahora no tratamos sino de desbrozar el campo, y fijar con la distinción y claridad posible, los principios. Pongamos solo un ejemplo, aunque sin prejuzgar tampoco por ahora la cuestión, pues de esta, como de todas las demás, se irá tratando ex profeso más adelante.

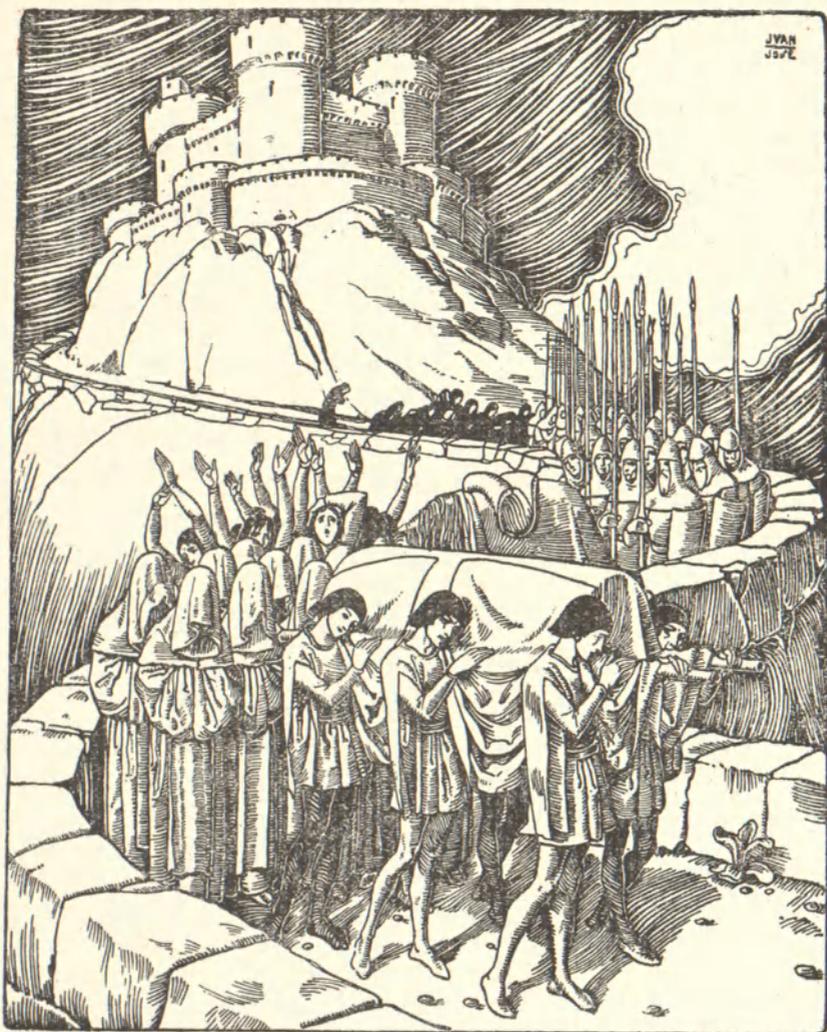
En programas y artículos feministas suele repetirse que el adulterio del hombre y el de la mujer deben ser por la ley igualmente castigados. Y la razón que suele alegarse es que tanto pecan el uno como el otro. Razón verdaderísima, pero que nada prueba. Es decir, eso prueba que serán igualmente castigados por Dios en el otro mundo, si en este no se redimen. Pero el hombre ¿quién le ha dado al hombre poder para castigar los pecados en cuanto tales de otros hombres? ¿Qué castigos se le ocurrió jamás poner a ningún humano legislador contra los pecados de gula, de avaricia o de soberbia...? Así como el poder civil puede alguna vez llegar a castigar con penas graves pecados leves y viceversa. Y sería injusto proceder de otra manera.

Porque el poder civil no ha de mirar las cosas desde el punto de vista exclusivo de la moral ni en orden, únicamente al último fin, sino en orden a sus fines propios subordinados a aquel, y teniendo en cuenta sus propias capacidades.

Para saber, pues, cómo ha de castigarse el adulterio no basta mirar a su gravedad moral, que es inferior, por ejemplo, a la de la blasfemia; sino a la importancia que en orden al fin social tiene en cada caso. Las cuestiones deben plantearse bien y en su propio terreno; que un problema mal planteado no puede ser bien resuelto.

FR. ALBINO G. MENENDEZ-REIGADA





LA
HEMBRA
DEL
GAVILÁN

Templó sus aceros de guerra Castilla
En las aguas mansas del antiguo Duero,
Que canta los versos de su romancero
A los rumorosos chopos de su orilla;
Y es como un espejo para el cielo claro
Cuando, adormecido se extiende en la presa.
Y es como un amante, que rendido besa
El huerto la vega de Castro-Mendaro.
Allá donde tiene descanso y labranza
Martín Ruiz d'Otores, el buen burgalés
Que en estos solares descifre el arnés
Y deja en reposo la espada y la lanza.
Un Rey se los diera con sus aledaños;
Tierras de buen pan, eras y molino,
Los majuelos agrios del dorado vino,
Las praderas frescas para sus rebaños.
Tan fuerte y alegre como un viejo roble

Lleno de jilgueros, es el infanzón
Es toda su vida como una canción
De gestas antiguas, aguerrida y noble.
Porque las labores del hogar rigiera
E hiciese fecundo y alegre el hogar
Buscó una doncella del mejor solar
De hidalgos de fuero que hay en la ribera.
Es esta la esposa delgada y morena
De negros cabellos y dulce mirar
Cual Santa María del Monte-Bustar
Que siempre sonrío, graciosa y serena;
En todos sus gestos tranquila y pausada.
La sabiduría brilla en su respuesta,
En su señorío de mujer honesta
Hay algo de reina y algo de prelada.
Junto al ajimez en lo más del día
Hila de su lino con siete doncellas:

Hay una, cautiva, que canta querellas
Con el ritmo triste de la morería.
Partió el castellano con gente de guerra
Vestido de hierro, la adarga abrazada,
A robar ganados en una algarada
Por tierra de moros allende la sierra.
Y la dueña otea de las amarillas
Miseses ya maduras de la tierra llana,
A la cordillera sombría y lejana
Que guarda los cotos de entrambas Castillas.

.....
¡Mala fué la algara de esta primavera!
Que ha matado el filo de un dardo lobero
A Martín d'Otores, el buen caballero
Y le traen a lomos de su yegua overa.
Le aguarda la esposa bajo el portalón
Y besa su frente, sin casi llorar
Que las ricas-hembras saben ocultar
Sus mayores penas en el corazón.
Tragina la dueña, diligente y fuerte
Y escancia los vinos del rudo festín,
En tanto, en las cijas, aulla el mastín
A los tenebrosos lobos de la muerte.
Ya la comitiva cubre los senderos,
Los seis hijosdalgo portando las andas,
Los monjes benitos, que rezan las mandas,
El tropel de hierro de los mesnaderos;
Y las plañideras, todas doloridas,
Y los hombres llanos, que labran la tierra,
Y el doncel de escudo y el corcel de guerra
Que los escuderos llevan de las bridas.
Ya duerme el hidalgo bajo el frío suelo
De la iglesia humilde campesina y ruda.
Su ánima de niño, cándida y desnuda
Entre querubines se remonta al cielo.

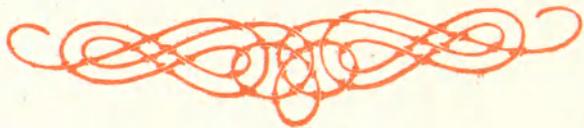
.....
«En el Santo Nombre de Dios, uno y tres
Porque a los que luchan se dé en encomenda
Yo, Teuda Ferrandes, entrego mi hacienda
A vos el muy noble Maestre de Ucles:

Mi Castro-Mendaro con cotos y anejos
Lagar y paneras, horno y caserío
Y el molino nuevo que en el caz del río
Hace la molienda de siete concejos.
Los campos de trigo que van al confín
De tierra de Burgos, las yuntas de bueyes,
El hato de cabras y las pingües greyes
De ovejas merinas, con yegua y mastín.
Vos doy mis ajorcas y mis arracadas
Y los relicarios que mi gala fueron
Y aquellos zarcillos que tal vez vinieron
Ornando cabezas recién cercenadas.
En cambio, yo pido con toda humildad
Vuestros santos velos y un rincón desierto
Donde rece y llore por mi dueño muerto
Y busque las vías de la eternidad.
A mis hijos mando que cumplan mi ley,
Su herencia es Castilla, su campo la guerra
Y si hacienda quieren, ganen otra tierra
Luchando como hombres al lado del Rey.
Yo, Teuda Ferrandes, invoco al Señor
Porque mis palabras lo que el mundo fuere
Son perdurables, y el que las vulnere
Yazga en los infiernos con Judas traidor.

.....
¡Flor de las llanuras amplias de Castilla!
En la paz solemne de tu monasterio
Una vieja carta me contó el misterio
De tu vida austera, piadosa y sencilla,
Contemplé tu efigie, que esculpió el cincel
Yacente a la diestra del rudo infanzón
Una cruz campaba sobre tu blasón
Y bajo tus plantas dormía un lebre;
Y pensé en mi tierra de Castilla, fuerte
Por sus hembras, madres de conquistadores,
En la santa tierra, donde los amores
Pasan los linderos del Tiempo y la Muerte.

EL MARQUÉS DE LOZOYA

Segovia, Mayo, 1920.





EL REY FELIPE Y SU OBRA



QUIÉN NO HA VISITADO EN EL Real Palacio de El Escorial las habitaciones en que posó tanto tiempo y murió el Rey Don Felipe el Segundo? ... Ninguno de los que lo hayan hecho habrá dejado de experimentar la impresión de inquietud que de allí surge. Unos más, otros menos, van a esa expedición con alguna lectura previa. Generalmente esas lecturas son propensas a error. Yo, que he estado muchas veces en esas cámaras y en los pasillos que las rodean, he escuchado juicios ligeros, acusaciones odiosas, infames doctrinas, en los que campeaba la ignorancia. Un estudio comparativo de Felipe y de los otros Soberanos que entonces regían los pueblos de Europa, habría de ser utilísimo. ¿Por qué no se hace? El tiempo que se pierde por los bien intencionados en otras faenas podría aplicarse a esta empresa. Y de ella resultaría el triunfo del que cada hora gana una partida por los nuevos métodos de la crítica histórica, un tanto menos apasionada de la que antaño florecía.

Título estas páginas: «El Rey Felipe y su obra», refiriéndome sólo al Monasterio de San Lorenzo, no a las innumerables campañas que aquel Monarca geibial sostuvo contra todos, hasta contra sus vasallos, porque estos no entendie-

ron a su guía y rector. Es que él era superiorísimo al ambiente de la época. Así puede estimarse que no hay en toda la literatura de ella ni un sólo atisbo de lo que intentaba Felipe II. Fué un «insospechado», un ser no comprendido. Pasó entre el respeto de las multitudes bonachonas e ingenuas y las ironías de los que pretendían de cultos. No curó el severísimo Rey de buscar el agrado de los escritores. Ni fué dadivoso, ni remedió desdichas de sus servidores. El pensaba que todo ha de hacerse para enaltecer a Dios. Dijo muchas veces cuando lo solicitaban los soldados de los Países Bajos que el martirio es camino recto para llegar al Paraíso. Se escondió él en su misticismo político. Quedóse sólo, totalmente sólo. Ciertamente que le empujó a esa soledad la incomprensión de los vasallos. Un Embajador de Venecia le preguntó:

—Señor admirado y magnífico: pienso que no os entiendo Castilla.

Y el soberano replicó rápidamente:

—Ni Castilla, ni León, ni parte alguna en mis Reinos. Así estoy en mí, y sólo en mí.

El Monasterio de El Escorial es eso: una prisión real, un magno escondite digno del sublime escondido. Oraciones, frailes, majestad, oscuros salones sin adornos excesivos, ... y un hervidero de secretarios que van y vienen cargados de despachos, de expedientes, de legajos... La vida española pasaba entre las manos del Monarca reducida a escritos. Y asombra ver en los archivos a dónde llegó la

actividad del Rey Felipe II, porque son millares y millares de expedientes los que él analizó por sí mismo y refrendó con su rúbrica y anotó y dilucidó con su dictamen. En con su rúbrica y anotó y dilucidó con su dictamen. En unos se dice al margen «Estúdiense más». «No hay razón para pedir eso». En muchos, la tinta parda y la confusa escritura real expresan esta idea: «Es justo, pero no hay modo de atenderlo». Esta forma última es la más expresiva; es la expresión de un período agónico para la Hacienda; es la guerra nos amenazaba en todas partes. El poder, porque la guerra nos amenazaba en todas partes. El poder español inspiraba odios y recelos hasta en el Vaticano. Francia, la descompuesta y atomizada Italia, Inglaterra, sobre todo, y los Estados Alemanes caídos en la heresia, juntábanse más o menos públicamente para combatir al Señor de la Fe. Todo el dinero era poco para sostener los ejércitos. Cuando con los datos que ya existen se analicen las campañas de los Países Bajos asombrarán a las gentes a dónde llegó la abnegación de los luchadores, a dónde la serenidad y pericia de sus capitanes, y a dónde el alto espíritu del Rey. El había dicho: El tiempo y yo contra otros dos». Luego dijo: «No han de acobardarme con ser tantos».

Asistió en El Escorial a una solemnísimas fiesta religiosa en que el mismo Rey Don Felipe rezó en alta voz el Santo Rosario, acompañándole sus servidores y secretarios, el personal de las Reales oficinas y los trailes. Esa solemnidad tenía por objeto pedir al Eterno su apoyo contra los adversarios de la Fe. Así que terminó el acto religioso —lo refiere un cronista—, «Don Felipe salió a pasear por la Lonja con el Abad y con algunos de los palatinos. Era una tarde ventosa del mes de Marzo. Las nubes cubrían el horizonte. En lo alto de la sierra blanqueaba la nieve. Por la senda de Peguerinos iba una tropa de leñadores con sus jumentos cargados. Al ver al Rey aquellos infelices se descubrieron y se postraron de rodillas. Obsérvole el Monarca y dirigiéndose a ellos exclamó:

—Poneos en pie. Necesitaré de vosotros y de vuestros hijos, porque nos amenazan muchos.

Entre aquellas gentes humildísimas iba el alcalde de Peguerinos, llamado Roque de Mendiola, y éste contestó al Soberano:

—Yo y todos los míos, y cuantos nacieron en esta serranía estaremos prontos siempre para rendir a Vuestra Majestad cuanto valemos y somos.

El hijo de Carlos V, el único legítimo, habido en los amores del César con Isabel de Portugal, murió en la cámara que tantas veces hemos visitado el 13 de Septiembre de 1598, a los setenta y un años de edad, a los cuarenta y dos de reinado. Cincuenta y tres días duró el agonizar del Rey. Fué una agonía dolorosa. La gota, el artrismo que ahora diríamos, había postrado al señor del mundo. «No se podía el sol en sus dominios». No descansó una noche en ese tiempo de su lucha con la muerte. Cubriose Don Felipe de úlceras desde la cintura al cuello. Desde su lecho de martirio, oía dos o tres misas diarias. Por la tarde iban los frailes a rezar con él. A veces, el moribundo pedía que le leyesen los Salmos de David. El que era un gran latinista iba recitando palabra a palabra los cantos de Psalterio.

Los físicos, esto es, los médicos, trataban de restaurar aquella naturaleza. Todo era inútil. Y el Rey les decía:

—No os fatiguéis demasiado, porque sé que no me será dada la salud. Harto viví; harto luché, he sufrido con exceso. Lo único que me atormenta es la duda de que si el Padre me concederá la bienandanza.

Una mañana pareció que de modo maravilloso mejoraba el enfermo. Habíanse disminuido los dolores, había sentido el infeliz algún apetito. Comió una rebanada de pan tostado, mojándola en una copa de vino dulce de Antequera.

—Qué bien me ha caído esto —dijo—.

El Abad del Monasterio repuso:

—Es que os pondréis bueno, señor, para gloria nuestra. Don Felipe que pocas veces sonreía, frunció los labios con un asomo de impetu alegre.

—No creo eso, Padre —contestó—. Harto postrado me siento, los años son muchos. Rogad por mí, rogad por mi alma, no por mi cuerpo.

En el testamento de Felipe II se ve la atención cuidadosa que él dedicaba a su obra pétreas, al Monasterio de San Lorenzo. De todo se ocupa para que el monumento perdure. Dedicó rentas especiales a su mantención y a su vigi-

lancia. Es que él sabía que allí estaba reconcentrada, sintetizada su fama. Una batalla en que las tropas españolas a las órdenes del propio Monarca derrotaron la arrogancia gala, dió origen a la dedicación. Cuando concibió Don Felipe la idea del Monasterio consultó, según su costumbre, con sabios eminentes. Creyeron estos que era irrealizable el propósito y además inútil. Uno de estos osó manifestar:

—Observad, señor, que los Reyes de los otros pueblos elevan sus palacios cerca de los grandes caminos para que fácilmente puedan ser vistos y admirados de su pueblo. Esta colosal montaña de labrados sillares que queréis erigir en un rincón de una serranía pobre, apartada del mundo, si lográis construirla, será como un secreto. Nadie la verá, nadie la contemplará. Gastaréis el oro sin éxito de ninguna especie.

Don Felipe oyó todos los razonamientos que surgían contra el Monasterio. Y resumiendo en unas lacónicas frases su resolución dijo en frase breve:

—En primer lugar esto no es un palacio, sino un Templo a Dios. Templo en el que el Rey de las Españas tendrá un retiro humilde y pobrísimo. Además no intento glorificarme con esa obra: cumplo una promesa hecha a Jesucristo, en una hora de gran peligro que sufrimos en San Quintín. Y, por último, yo espero que ha de ser tan grande lo que se haga, que se abrirán caminos y vendrán de todas partes de la tierra a contemplar el monumento...

Esta afirmación ha sido una profecía. Ciertamente es que para que Felipe II pudiera construir el Monasterio, necesitó emplear tanta energía como en todas sus otras campañas juntas. Reuniéronse allí millares y millares de obreros, no sólo españoles, sino franceses, flamencos e italianos. Hasta turcos y árabes intervinieron en la faena. Fué preciso un régimen de energía inteligente para someter a aquella menuda infinidad a una disciplina severa. El Rey Felipe había de hacer sus viajes, ya a Madrid, ya a Valladolid, ya a Segovia, cuando no a otras partes más lejanas. Había de ocupar días y noches en el despacho de los asuntos. Cuando llegaban las desventuras, que abundaron, había de resistirlas. Siempre le quedó una hora para pensar en la obra comenzada. Y así que le era dable volvía fatigado postas a la sierra guadañameña. Deteníase en lo que ahora es Lonja. Contemplaba lo construido, excitaba a los obreros, y repartiales pródigas raciones en dinero y en especie... Cuando se acabó el intento, pudo decir el Soberano:

—Aquí tengo lo mejor de mi alma, mi voluntad sana, mi tenacidad y mi constancia.

Supónese que el Rey Felipe iba algunas mañanas en su coche a una altura cercana al Monasterio y allí permanecía largo tiempo contemplando los progresos de la edificación. Un bloque de granito apenas desvastado, parece indicar el sitio en que el genial luchador se sentó. Llámalo el vulgo «la silla del Rey». No se sabe si esto es cierto: basta con que pudo serlo. Baste con que las gentes imaginen que el hijo de Carlos V se alejaba para ver lo que le había inspirado tantos amores. Tema de un gran poeta el del rey mirando cómo trabajaban los millares de obreros para ir levantando sin descanso los muros maravillosos, agujerados de ventanas. En el cerebro del que se supone sentado en la tosca silla de piedra agitábanse los más grandes pensamientos de la época, «Yo contra todos»... Estas palabras acreditan la terca voluntad del Soberano. «Yo en busca de Dios». —Frases con que ordinariamente expresaba el Gran Señor su humildad cristiana.

Para que la fama de Felipe II se restaure, será precisa una larga labor de eruditos e historiadores. Será preciso, además, que llegue de fuera, como ya va llegando, un pensamiento noble que nos indemnice de las miserias con que se ha tratado de cubrir a España.

Por eso insistió en la necesidad de que los cultos entren en los archivos, rectifiquen las fabulosas afirmaciones, destruyan los intentos maléficos; y sobre esa base resurgirá la gloria.

Entonces los que visiten el Monasterio de San Lorenzo, verán pasar con emoción y ternura la sombra del Rey sacrificado, el que no fué entendido por los hombres de su tiempo, el que se anticipó a los problemas de ahora, el que quiso clavar con un dardo de acero sobre la tierra hostil, al demonio de la impiedad.

J. ORTEGA MUNILLA



EL SACERDOTE DRAMATURGO



EN LA ESTATUA QUE A CALDERÓN de la Barca fué erigida hace muchos años en la antigua plaza del Príncipe Alfonso, campea este rótulo: «La vida es sueño, pero no su gloria». Ignoramos si fueron las Academias las que dictaron este título, pero ciertamente que ha sido acertado. Porque, en efecto, los tiempos pasan, el teatro

hispano perece, las obras del sacerdote dramaturgo apenas se representan ya, y él sigue siendo la fama augusta, el poder literario por excelencia. Después de Cervantes, Calderón.

Se da el caso de que el autor dramático del siglo de oro que más entusiasmo produce en los países cultísimos, es el autor de *La devoción de la Cruz*. En Alemania, en Noruega, en Suecia, en Dinamarca, son obras de repertorio para las compañías dramáticas *La vida es sueño*, *El Alcalde de Zalamea* y otras del máximo inventor de la fábula genial.

Madrid tiene para Calderón deudas infinitas no bien pagadas. En el edificio de San Pedro de los Naturales perdura un Asilo de sacerdotes enfermos. Y allí queda la imagen de Calderón de la Barca como un emblema del genio nacional.

En el linaje de Calderón hay dos hechos inolvidables. Los antepasados del poeta se gloriaban de haber hospedado a San Francisco de Asís en su casa solariega de La Barca. Y dieron un mártir a la Fe cristiana en la persona del venerable Sancho Ortiz Calderón. Así lo dicen los Diccionarios biográficos.

El escribió autos sacramentales, dramas religiosos, dramas filosóficos, dramas trágicos, comedias de capa y espada, innumerables poesías sueltas. Fué soldado antes que sacerdote y sacerdote después de ser poeta.

Sufrió Calderón penalidades económicas. No le acompañó el aplauso tanto como debieran. Hubieron de pasar los siglos para que *La vida es sueño* adquiriese todo el mágico renombre que la avalora.

Y son los críticos alemanes los que han realizado esa obra justiciera.

Ciertamente que la profundidad de los pensamientos y la gracia lírica de la forma no podían entusiasmar a los franceses ni a los italianos. La áspera condición castellana había dado ser a las creaciones del clérigo. En la ignorancia común de la Corte de Castilla no era posible que se entendiese bien lo que el filósofo místico había querido expresar en su fábula. Hubo quien censuró rudamente los alardes geniales de Calderón. El no se dió por vencido, continuó trabajando. En las mudanzas de la vida nacional faltó al maestro el apoyo necesario. Muchos años pasó sin más cantidad que 6 reales vellón que le pagaban por su misa.

Así que concluía el divino oficio y se reintegraba a su paupérrimo albergue, D. Pedro Calderón retornaba a sus páginas y seguía escribiendo.

¿Concebís la posibilidad de que un ingenio labore sin aplauso de las gentes y sin apoyo de los magnates?...

Pues así realizó Calderón su obra.

Y nunca sintió desfallecimiento ni amargura. Era un hombre de fe.

D. Andrés: que esta tierra que pisa y labra perteneció antaño a D. Diego...

—Tengamos la fiesta en paz, señor mío —repuso el Labrador con vivo enojo—. Más sabe el ignorante en su casa que los letrados en la ajena... Harto sudé, ya se lo dije, el pan que comí en la casa de los amos; que si ellos me trataron bien yo les serví mejor; con todo y con eso, bendigo su memoria (al hablar así, quitóse Ruyales el sombrero) y les digo un *Pater noster* al acostarme, cosa que tal vez no hagan sus hijos; además, en llegando el día de las Animas, las siempre vivas que hay en su sepultura las ponen estas manos que también se ha de comer la tierra... Lo cortés no quita lo valiente... Y esta senara que tengo, a nadie le debe ni un terrón, que la mercó ni padre, en plata de ley con la mejora de mi abuelo... Cuanto a las mercedes de D. Andrés, arrebózese usted con ellas, que a mí no me quitan el frío. Una vez me llevó al Concejo de la villa para que le sacara yo las castañas de la lumbre; sí que las saqué, pero se las di a quien era de razón. Yo no se hacer sino justicia seca, y él es por contra, de los que dicen «lo mío, mío, y lo tuyo, de entrambos»... Por eso me tien tan mala voluntad; porque no me doblo así me aspen. Debajo de mi capa yo me sé quien soy...

Diciendo estas palabras se erguía el viejo, dentro de su capote pardo, como un caudillo de los antiguos fueros de Castilla.

Negro me vi para sacar alguna chispa de aquel humano pedernal. Usando de artes y de mañas, logré arrancarle una pequeña concesión, breve portillo para ganar la plaza de un carácter tan áspero y tan recio.

—Con que adiós, amigo Ruyales —dije al fin, despidiéndome, temeroso de un renuncio—. Quedamos conformes en ese particular. ¿Me da usted su palabra?...

—Palabra de rey —dijo con prisa el Labrador—; en diciendo yo una cosa no hacen falta escrituras...

A punto estuve de echarlo todo a rodar y soltarle «una fresca» al orgulloso labrigo; mas refrené los ímpetus y salí de la huerta de Fontidor, lengua entre dientes, por no perder el fruto de mi embajada. Juan de Ruyales me acompañó un buen espacio, diciéndome, con traza de socarrón y de cortés:

—Asu mandar estoy, si entiede que puedo servirle... Aquí le ofrezco mi pobreza y con ella mi voluntad que es lo mejor que tengo...

II

Faltaba, no el rabo, sino la cabeza por desollar.

Sentado en un sillón frailerero, al amor de la lumbre, junto a la chimenea de su estancia, hallábase D. Andrés, el viejo amigo de mi familia, a quien llamaron por su figura y su mal genio «el león de Onís».

Crenchas de tal lucía, a pesar de su vejez; unas melenas grises y recias, lo mismo que el bigote y la perilla; un rostro severo de color de pergamino; los ojos pardos, y la arrogancia de un emperador. Años, achaques, pesadumbres y malos humores, le tenían atado a su frailerero, sólo y aburrido, en pugna siempre con «eudos y familiares, con criados y vecinos, con toda la humanidad».

—¡No me hables de ese malandrín! —exclamó D. Andrés, apenas traje a cuento el asunto de Ruyales—. Si no fuera por lo que debo a Dios y a mi propia dignidad, ya me hubiese tomado la justicia por mi mano... Pues ¿no se empaña el villanote en ponerme la ley? ¡Claro! Los pica-pleitos de la villa le azuzan contra mí para sacarme las entrañas... ¡Ah, bandidos!...

—Pero es el caso —aventuré— que «ese hombre» comienza a transigir...

—Pues ¡yo no transigiré nunca! —gritó más bien que dijo D. Andrés—. ¡O todo o nada! ¿lo entiendes? Prefiero quedarme en cueros vivos...

—¡Hombre! Lo mismo que el otro —pensé yo—. Son tal para cual...

—¿No es una mala vergüenza que un criado de mi padre se las eche conmigo de persona? ¡Si ya desde mozo era Ruyales pérfido, ruin... y, además, tozudo como un buey! Pues ¿no me llevó la contra en el Concejo cuando le hice por ayudarle, concejal? Hasta llegó a decirme que él no hacía sino justicia seca; que él servía al pueblo y no al interés de los señores... ¿Qué sabrá de esas cosas el muy

bellaco? Y es que en esta tierra, siempre leal en otros siglos, ya todos son medio anarquistas...

Eché de nuevo mi cuarto a espadas y aun osé defender con arrogancia los derechos del «brazo popular».

—En ese pleito tan antiguo del pueblo y de los señores, habría mucho que discutir... Los ricos, validos de su fuerza, abusan muchas veces, y eso ya no es cristiano ni español. ¿Qué decir de los caballeros que en lugar de aplicarse al bien común y vivir como manda Dios, revientan de orgullo y de egoísmo? Tengo para mí que esos señores son también a su modo anarquistas y renegados... Los pobres, como tienen así mismo su negra honrilla y no son tan simples como parecen, concluyen por perder los estribos; y no es de extrañar que algunos azacanes, cerrados de corazón y de mollera, se engrían con las lisonjas de cuatro zascandiles y se juzgen con derecho a ser los amos del cotarro... Para remediar estos males, señor D. Andrés, hace falta una cosa: caridad... ¡Pobre España el día que se hiciesen guerra a muerte los pobres y los ricos, el pueblo y los señores! Porque si esta es la tierra de los hidalgos con humos de rey, es también la de los pecheros con humos de hidalgo; si aquí los reyes les decían a los pueblos: «Esta es la justicia que mandamos hacer», los pueblos les decían a los reyes: «nos, que valemos tanto como vos»... Y en tierras de Castilla, cada Juan de Ruyales, arrebozado en su capa, lleva en lugar de la montera una corona...

¡Rayo de Dios y cómo se puso el león de Onís! ¡Cómo sacudió la melena y fulminó los ojos y azotó el aire con las garras y dijo, ronco de la cólera que sentía:

—¡Vive Cristo, muchacho, que si no fuese por la memoria de tu padre, a quien quise con tan fraterno amor, ahora mismo te cortaba la lengual! ¿Con que vienes en mis propias barbas, a defender a esos bandidos? ¡Si todos los mozos de este tiempo sois unos desalmados! ¿Y aún te atreves a darme lecciones de justicia y caridad?

Como yo conocía tan de sobra el negro humor de Don Andrés, quise que desfagara a su talante y recibir los fuegos a pie firme. Al cabo, pasada la tormenta, me dijo con voz más dulce:

—¡Caridad! Nadie más compasivo que yo en los tiempos de mi alegre juventud. Esta casa era el refugio de los pobres y los cuitados en muchas leguas a la redonda... Tenía yo entonces el corazón abierto al cielo y a la tierra, como una rosa temprana henchido de la sangre mística y heroica de mi estirpe. Leyendo con santa emulación las vidas de los claros varones de mi casa, caballeros e infanzones, soldados y poetas, almirantes y virreyes, me sentía capaz de escribir mi nombre en la rueda encendida del sol... ¡Ay, quien me dijera que al cabo de los años me vería de esta suerte como león cautivo que esconde su flaqueza con bramidos inútiles! ¿Cómo podría contarte la fea y larga historia de mis crueles desengaños? La patria, que tanto adoro, agoniza en poder de viles mercaderes; el pueblo honrado y cabal que amé en mi juventud, ha perdido su grandeza y sus virtudes, y sólo conserva una sombra de falso orgullo, entre rencores y codicias; el hogar, el nido aguileño de mis mayores, se desmorona poco a poco... No tengo amigos de corazón, ni esposa discreta, ni amantes hijos, ni criados leales... Que hasta mi nieto, ese rapaz antojadizo y voluble, diríase que no me quiere...

A borbollones le salían de la boca al pobre viejo sus pesadumbres, sus fracasos, sus íntimas amarguras, en un instante de flaqueza y sinceridad. Sentí una grande lástima del león de Onís, pero él, recobrando de pronto sus energías, acaso con vergüenza de sí mismo, volvió a decir, sacudiendo las melenas:

—Pues bien... ¡que se hunda todo! No quiero transigir... ¡Prefiero verme en cueros vivos!

Y como yo le arguyera, con muy sensatas razones, en punto al pleito de Ruyales, respondió fuera de seso:

—¡Re... toño! Yo no sufro ancas de nadie... y menos de ese felón... ¿No te lo dije?... ¡No me urgéis la paciencia, vive Cristo!, si vuelves a tratar de ese negocio... ¡por quien soy... te corto la lengua!

Tan alterado se puso, que decidí marcharme, por no decirle alguna sinrazón, que entre el villano y el caballero me habían puesto sobre áscuas. Todavía, al bajar por la escalera de la torre donde vivía D. Andrés, me pareció escuchar su voz y su bramido:

—¡Te corto la lengual... ¡te corto la lengual...

—Pues, señor —pensé cuando me vi en el camino real—, esta es Castilla...

Comenzaba a ponerse el sol en la ancha llanura, tiñendo de oro y de sangre las aguas del Duero, que discurrían sosegadas entre los corpulentos álamos de la ribera. Veíanse a lo lejos, a la margen del río, las pardas torres de la villa insignie, mudos testimonios de las tragedias de antaño. En la helada soledad invernal, parecíase la tierra, silente y desnuda, como un gran campo desierto mil siglos ha. La casa de Onís y la huerta de Fontidor, una enfrente de otra como dos rivales, quedaron a mi espalda en un recodo del camino: apresuré entonces el paso, pues aún temía que el hidalgo quisquilloso y el testarudo labrador salieran detrás de mí, dando voces en el silencio de la llanura desamparada.

—Esta es Castilla —torné a pensar—, esta es la tierra de los grandes caracteres, de las personalidades vigorosas, de los hombres tercos y libres que no sufren ancas de nadie. Si Grecia fué un pueblo de artistas y Roma una escuela de ciudadanos, Castilla es un vivero de reyes. Y así nos luce la casaca. En otros países, como las gentes tienen menos ínfulas y menos bríos, se dejan mover a gusto del que manda, y si el que manda es hombre de luces, le es fácil llevar las cosas por buena ley; en cambio aquí nadie tolera superioridades ni jerarquías: todos somos reyes por derecho propio y en virtud de nuestra santísima voluntad. Por eso en Castilla, que es decir en España, vivimos de milagro entre poderes ilegales, parodias del derecho y actos de fuerza. Aquel que tiene más puños o más ingenio, procura el modo de avasallar a sus prójimos, esgrimiendo una patente más o menos lícita de mando, un título más o menos justo de posesión; y quien no logra esta ganza, se achica a regañadientes, reniega de todo lo criado y apenas halla ocasión de subvertir las cosas, lucha como una fiera, no por restablecer la justicia, sino por crear otra nueva injusticia a su favor. ¿No es éste el país de las disputas familiares: de las bebetrias y de los pleitos? ¡Pues vaya usted a enseñar ciudadanía a una raza de reyes absolutos!... Siquiera antaño, esos bríos individuales se empleaban casi siempre en acciones heroicas, en trabajos gloriosos y empresas colectivas; pero hogaño, siglo sin ideal, esas pasiones se desperdician y derraman en querellas domésticas, en disputas de campanario, en negocios de la cocina y del corral, de la despensa y de la alcoba... He aquí dos hombres, D. Andrés de Onís y Juan de Ruyales, cristianos y españoles viejos, de la más pura veta castellana, que hace tres siglos hubiesen ejecutado maravillas en las cinco partes del mundo, y hoy se combaten como leones por un puñado de tierra que pronto les servirá de sepultura...

Llevado de estos tristes pensamientos, entré por las puertas de la villa, a punto ya de anochecer. Fuíme en seguida a mi posada, dispuesto a madrugar con la aurora y arreglar mis asuntos propios con la mayor presteza, ya que los ajenos sólo me daban desazones. Varios días estuve en el trajín de los negocios adventicios que me llevaron a la famosa villa, perdiendo el tiempo y la paciencia, pues cada paso era un gazapo, y cada rústico de aquéllos un Juan de Ruyales con más razones que Merlín y más humos que don Rodrigo Calderón.

Ya casi tenía olvidado el pleito de Onís, cuando una tarde entró en mi aposento la hostelera, una buena mujer, muy parlanchina y muy fisgona, gaceta viviente de la vida mansa y gris de la villa y sus contornos.

—Alabado sea Dios —dijo al entrar— y qué de cosas vemos en el mundo...

—Cosas veredes el Cid —agregué cogiendo mi paraguas a modo de tizona, pues iba yo a salir y estaba diluviando.

—Pero, ¿no sabe usted la novedad?

—¿Qué es ello?

—Pues una friolera... Que el nieto de D. Andrés de Onís que es la piel de Barrabás, entró esta mañana, como suele, en el campizo del Concejo, para hacer diabluras con otros rapaces, y cayóse al pozo...

—¡Jesús! —clamé horrorizado.

—Cayóse al pozo el angelito. Pero Juan de Ruyales, que por un milagro de Dios estaba a la vera...

—¿Cómo? ¿Ruyales? —dije, trayendo de las mientes a la boca un pensamiento ruin—. ¿Fué Ruyales quien le...

—¡Caball —me interrumpió, por dicha, la hostelera—. ¡Ruyales fué quien le salvó!... ¡Luego dicen algunos desalmados que no hay Providencia divina! Ya sabe usted que el pobre Juan y D. Andrés no pueden verse ni en pintura...

—¿Y el niño está bueno y sano? —pregunté con ansia.

—Como usted y como yo, sin más que el remojón y el susto... En cambio, Ruyales se lastimó el brazo derecho... Ahora le está curando el médico de la villa.

Fuí sin demora a verle. Tenía el viejo la muñeca fracturada y resistía la cura sin pestañear.

—¡Bravo, Ruyales! —le dije—. Es usted un hombre de pro.

—Pues yo creía —respondió— que tenía los huesos más duros...

Entró a poco un criado de Onís.

—El amo dice que vayas a la torre.

—Y ¿para qué? —preguntó Juan con aspereza.

—¡Hombre! Como no fuiste con el rapaz... Supongo que querrá darte las gracias.

—Pues ¿qué me debe tu amo? Yo no hice sino lo que era de obligación. ¡Iba a dejar que se ahogara el crío!

Acompañé a Ruyales a la torre, con lo cual me prometía una sabrosa escena. Y, en efecto, así fué.

Sentado estaba el león de Onís en su frailerío, al amor de la lumbre. Al vernos entrar se levantó y, arrastrando los pies, vino hasta nosotros; pero el zahareño campesino, lleno a la par de timidez y de soberbia, se replegó a lo oscuro de la estancia.

—Dame la mano, Juan —dijo el caballero con voz firme y afectuosa.

—La siniestra le doy... y usted perdone... —contestó Ruyales, balbuciente—, que la diestra me la quebré al salir del pozo, por la prisa de sacar al muchacho...

Y mostróle el brazo derecho, colgando del cabestrillo.

—¿Somos amigos, Juan? —volvió a decirle D. Andrés—, ¿amigos para siempre?

—Semos —respondió el campesino en el mismo tono con que hubiera dicho lo contrario.

Llamó el de Onís a su familia. Vinieron la esposa y las hijas de D. Andrés, la soltera y la viuda (que esta era la madre del rapazuelo), y todas colmaron a Ruyales de gracias y de loas.

—¿De cuándo acá —repuso él, harto de tanta fineza—, de cuándo acá se echan las campanas a vuelo cuando un cristiano cumple con su obligación?

A punto ya de despedirnos, llevóse D. Andrés aparte al labrador, y le dijo de este modo:

—Cuanto al pleito... ¿no te parece?... la echaremos tierra...

—Por mí le echamos aunque sea una montaña...

—Pero como yo no quiero que tú te perjudiques... ni siquiera en hipótesis... ¿comprendes?... pesé en justicia tu razón, añadí la mía sobre tu platillo en la balanza y... esto es lo que pesan las dos...

—¡Quite allá, D. Andrés... y no me ofenda! —exclamó Ruyales con ímpetu, rechazando la dádiva—. Yo no quiero ni un real... ¿No dice usted que somos amigos? Pues ahora que somos amigos sobran dineros y razones...

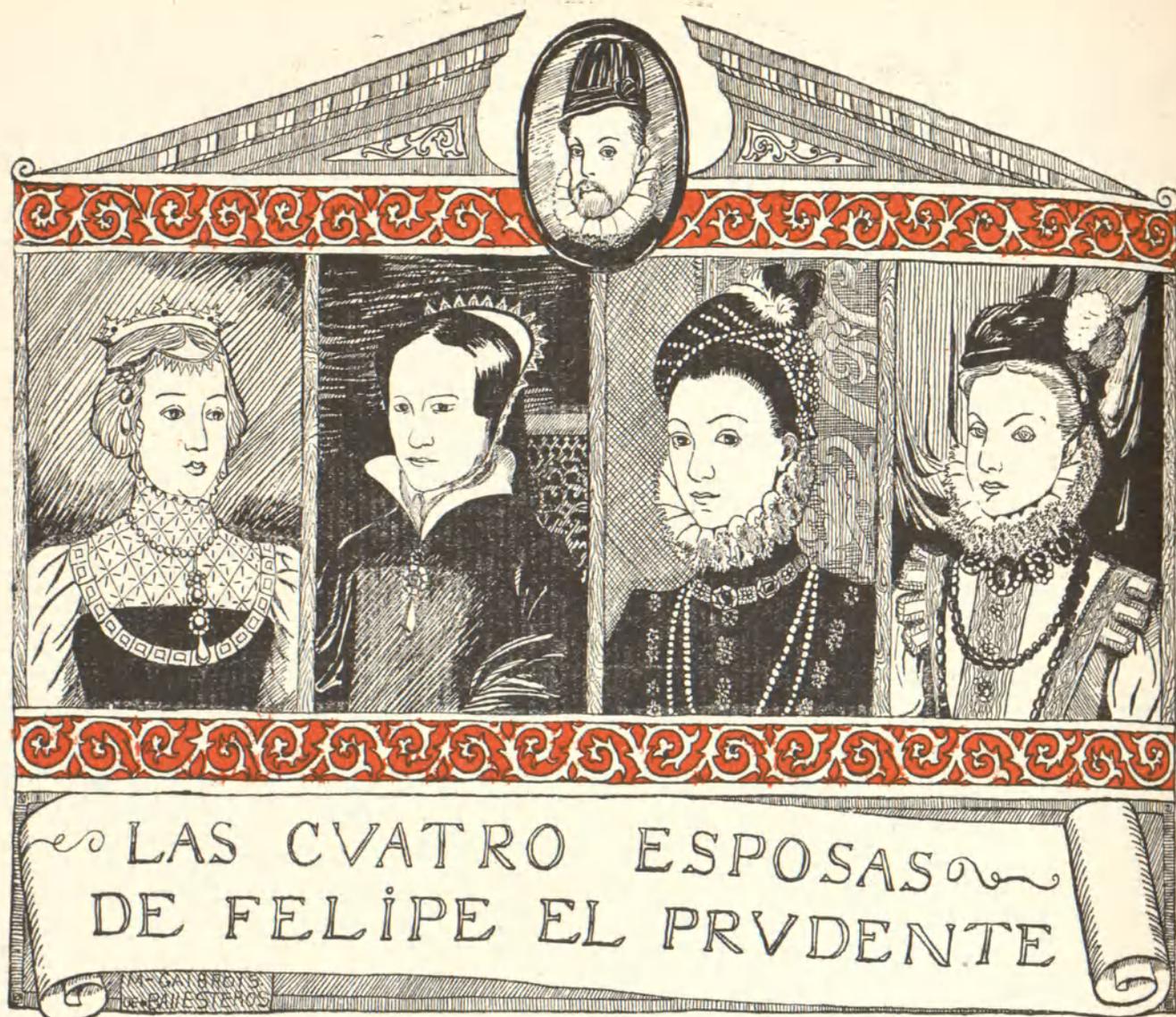
—Pues ¿por qué diantre mantenías el pleito?

—Por lo mismo que usted... por pura cabezonada... Sí usted, al principio de la cuestión, me llama y me dice: «Juan, ¿somos amigos?», yo le respondo: «Semos»... y pèlillos a la mar. Pero usted, recio que usted, y yo... pues claro... más recio todavía... Después ocurre lo del muchacho y usted me lo quiere pagar en plata, y yo le digo: ahora sí que no... Si usted no me gana a testarudo, tampoco me gana a generoso...

—¡Vive Cristo! —gruñó D. Andrés—. ¡Siempre quieres salirte con la tuya!

—Claro que sí... Por malas o por buenas, un pobre como yo puede estar al igual de un caballero... Todo hombre cabal tiene alma en sus carnes y la negra honrilla en las telas del corazón... Yo soy castellano viejo y varón tan bien nacido como el que más, y tanto vale mi pobreza como la plata del rey.

¡Almas de castellanos viejos —me dije yo al salir de la torre—, almas de indómita energía para el bien y para el mal! ¡Hombres de cuarzo y de oro, recios y sensibles a un tiempo, como carne de corazón! ¡Raza altiva y terca de reyes; salud!



¿QUÉ SIGNIFICARON EN LA vida de Felipe II las cuatro mujeres que con él compartieron su destino? ¿Qué huella marcaron en tan famoso reinado esas cuatro extranjeras? Ninguna de ellas señala una influencia, mas cada una nos deja un recuerdo.

El rey Prudente, casado con la portuguesa, la inglesa, la francesa o la austriaca, fué siempre el mismo. Su carácter único, tan mal interpretado en la historia, merced a odios y pasiones, se determina con trazos firmes entre las figuras de ese tapiz inmenso tejido por los siglos.

Felipe II, y su época profusa y apasionadamente estudiados, merecen algo más: necesitan la consagración de muchas inteligencias serenas, laboriosas y patriotas para investigar su historia, pues es un jirón glorioso de la vida de España, de España la calumniada, la escarnecida, la ofendida por envidia y venganza. Su gloria, su imperio y su señorío en el siglo XVI no ha sido perdonado aún por los humillados de antaño.

Pero este tema es ajeno a nuestro propósito (1).

Las cuatro esposas de Felipe el Prudente representan cada una un recuerdo de la existencia del árbitro de Europa.

María de Portugal, su linda prima, fué quizás el amor. Felipe, de madre portuguesa, sentía gran atracción hacia el país hispano del dulce hablar y las gra-

tas maneras, siendo este enlace como un prelude del ardiente anhelo que alentó luego siempre el rey Felipe por ceñir la corona del muy amado reino.

María Tudor, su tía, la inglesa desgraciada, fué la razón de Estado, mas no propuesta por propia iniciativa del príncipe Felipe; fué escueta la voluntad del César Carlos V.

La francesa Isabel de Valois fué la Paz; fué la Concordia de un duelo a muerte entre dos grandes reinos: el francés y el hispano.

Finalmente, la austriaca, su sobrina D.^a Ana, fué la madre del heredero, del sucesor ansiado tanto tiempo para recoger la herencia grandiosa de un emperador y un rey.

El príncipe de «frente señorial, clara, espaciosa; los ojos grandes, despiertos, garzos» y la figura airosa «con cierta gracia y perfección entre sí», recibió hacia 1541 una importante consulta del emperador, su padre. Carlos V, escuchando las palabras de paz insinuadas por Francia, proponía a su primogénito Felipe se desposase con Margarita, hija de Francisco I, pero el heredero de quince años contestó negativamente; un grato sentimiento juvenil le apartaba de conveniencias políticas, inclinando su corazón hacia cierta princesita de su linaje, cuyo retrato conocía por dos que trajeran unos embajadores en sendas ocasiones. Felipe deseaba casarse con María de Portugal, hija de Juan III y de D.^a Catalina, hermana de Carlos V (1).

El soberano de España encontró acertada la elec-

(1) Véase Julián Juderías: *La leyenda negra y la verdad histórica*. Madrid, 1914.

(1) Enrique Pacheco y de Leyva, *Las mujeres de Felipe II: Doña María de Portugal*. Blanco y Negro, núm. 1.489. Madrid, 1919.

ción de su hijo, y al poco tiempo emprendía la ruta de Lisboa el comendador Alonso de Idiaquez para tramitar las negociaciones, que pronto se ultimaron (1.º de Diciembre de 1542).

Meses después, el 7 de Noviembre de 1543, salían de Salamanca por el camino de Portugal unos cazadores, que, al cabo de algún trecho, toparon con una brillantísima cabalgata en la cual venían el duque de Medina Sidonia y otros nobles españoles y portugueses de alta alcurnia escoltando a la infanta María de Portugal, prometida del sucesor de Carlos V.

En verdad que era hermosa la portuguesa de diez y seis Añiles; mediana de estatura, proporcionada y gentil, observaban todos tenía gran parecido con su tía, la bella emperatriz difunta.

Los cazadores expedicionarios, sin cuidarse de montería alguna, retornan a Salamanca siguiendo la regia comitiva; mas una legua antes de llegar a la ciudad letrada se adelantan al cortejo. ¿Quiénes eran los misteriosos cazadores que se apresuraban a entrar en Salamanca? Pues eran nada menos que el heredero de España, D. Felipe, el duque de Alba y otros cortesanos; el príncipe, que llaman tétrico, había querido conocer a su prometida antes de la fecha señalada por las etiquetas, y bajo el cinegético disfraz acababa de lograr su romántico empeño (1).

El recibimiento tributado en Salamanca a D.ª María fué esplendoroso: los profesores de la ilustre Universidad, los Cabildos catedral y seglar, autoridades y el pueblo en general salieron a su encuentro hasta las afueras de la población, mezclándose entre la numerosa concurrencia un jinete sobre bayo corcel, que, envuelto en una capa y tocado con sombrero de terciopelo, ocultaba el rostro con un tafetán: éste era el propio príncipe D. Felipe.

En la noche del 12 al 13 de Noviembre tuvo lugar el matrimonio de Felipe y María, siendo él mayor que su esposa solamente seis meses; el príncipe vestía de blanco y la novia de carmesí. Luego siguieron grandes fiestas, y el día 19 partieron los príncipes para Valladolid.

El tiempo transcurrió feliz para los desposados de Salamanca hasta Junio de 1545, que, tras un fausto suceso, llegó siniestra la desgracia; el 8 de este mes nació su primogénito, y el 12 moría la madre del recién nacido, la encantadora portuguesa, que no contaba entonces diez y ocho años.

Doña María dejaba en el corazón de Felipe el dulce recuerdo de un amor que no volvió a sentir jamás. También dejaba un hijo, el malaventurado príncipe D. Carlos, anormal y tenebroso, tormento de su padre, quien nunca pudo hallar en él, para consuelo, ningún remoto rasgo de su madre.

Después de ver Felipe truncadas sus ilusiones, tan triste y prematuramente, dedicóse por completo a co-laborar con su padre en las cuestiones de gobierno, amplísimo campo donde podía ejercitar su talento y energía. Las contiendas religiosas suscitadas en Alemania por la Reforma, la rivalidad con Francia bajo Francisco I y Enrique II, las luchas en Italia y Flandes, las empresas conquistadoras y colonizadoras en América, la guerra con los turcos, eran sobradas preocupaciones que pesaban sobre la frente augusta de Carlos I, el cual encomendó a su hijo, en parte, los asuntos de España.

Así pasaron nueve años, hasta que un suceso ocurrido en la Gran Bretaña tiene especial trascendencia para D. Felipe. El 6 de Julio de 1553 moría Eduardo VI de Inglaterra, sucediéndole su hermana, María Tudor, hija del sanguinario y depravado Enrique VIII

y de Catalina de Aragón, la desventuradísima hija de los Reyes Católicos. El reino inglés, minado por discordias religiosas, se dividía entre los partidarios de la católica María y los de su hermana Isabel, protestante, hija de Enrique VIII y de la frívola Ana Bolena, reina de Inglaterra, mientras aún vivía la triste Catalina de Aragón (1).

Entonces los intereses de la Santa Sede se unen a los de Carlos V y surge una negociación que concluye estableciendo el matrimonio de la reina inglesa con su sobrino el heredero español, el cual se limita a acatar la voluntad paterna. En cambio, María Tudor acoge entusiasta su proyectado enlace, y mientras los ingleses de su Consejo ponen reparos a la elección del extranjero, ella lleva al embajador de Carlos V a su oratorio privado, y entonando de rodillas el himno *Veni Creator*, promete solemnemente su fe al príncipe de España (2).

Finalizados los pactos, el 11 de Julio de 1554 zarpaba de La Coruña, con rumbo a Inglaterra, una escuadra de 68 navíos conduciendo a D. Felipe, a quien acompañaban los duques de Alba y Medinaceli, el príncipe de Éboli y muchos grandes caballeros españoles y flamencos. Al cabo de una semana, Felipe saltaba a tierra en Southampton, y solemnemente brindaba con un vaso de cerveza procurando afable captarse las simpatías de los hostiles ingleses. El de Éboli llevó a la reina, con la noticia de la llegada, las joyas y presentes de su prometido, a quien María va a esperar en Winchester, donde por la noche recibe su visita.

El príncipe viudo, de veintisiete años, arrogante y galán, no debió sentirse gratamente impresionado al conocer a su futura esposa. Era su tía mujer de treinta y nueve años, «pequeña de cuerpo, flaca, con vista corta en vivos ojos, grave, mesurada, cuando moza hermosa, (entonces era fea), la voz gruesa mas que de mujer...»; realmente no eran estos ningunos atractivos, y menos aun se hallaban en su seco carácter, formado en la desgracia y la injusticia sufridas por su madre y por ella en tiempos de Enrique VIII (3).

Sin embargo, María Tudor gozosa con la boda, sale de su apatía y procura agrandar a su sobrino, prodigándole grandes agasajos, a los cuales corresponden Felipe y su séquito con muchas cortesías.

El día de Santiago, 25 de Julio (1554), el Obispo de Winchester bendecía la unión de la reina inglesa y el heredero español, a quien su padre Carlos V habíale cedido en esas fechas el reino de Nápoles y el Ducado de Milán. Concluida la ceremonia religiosa, Felipe «dió la paz en el rostro de la reina a la usanza inglesa», y luego los esposos reciben el parabién de los presentes que son obsequiados con vino y bizcochos; después el rey llevando de la mano a la soberana, convida a comer a los principales magnates de ambos reinos, y durante la comida el español, alegremente levanta su copa en honor de los ingleses.

Tanta modestia y sencillez en la fiesta nupcial fué por voluntad expresa de los Reyes que desearon abstenerse de grandes festejos a causa de no hallarse todo el reino inglés bajo la obediencia de la Sede Romana.

La actuación del español en Inglaterra se limitó a secundar las disposiciones de la reina para restablecer la supremacía del Catolicismo, mas no consintió en mandar a un monasterio español a la protestante Isa-

(1) F. de Llanos y Torriglia, *Catalina de Aragón, reina de Inglaterra*. Madrid, 1914.

(2) A. Fleury, *Historia de Inglaterra*, traduc. Angelon, Barcelona, 1857; tomo II, pág. 91.

(3) Flórez, op. cit.

(2) P. Enrique Flórez, *Memorias de las Reynas Cathólicas*. Madrid, 1761. Tomo II. Página 87.

bel, como deseaba María Tudor; mientras no tuvieran hijos, Isabel era la heredera de Inglaterra (1).

Felipe procuraba atraerse a los ingleses descontentos, pero su calidad de extranjero era bastante pretexto para encubrir la desconfianza que inspiraba el heredero de un Estado tan poderoso como España.

A los catorce meses de estancia en la Gran Bretaña, Felipe fué llamado a Flandes por el Emperador, aunque los suspicaces indican no estaba ausente de ello su propia voluntad, atribuyendo el viaje a que el español no encontraba ambiente grato en lo político ni en lo privado, y se alejaba de aquella esposa que no era joven, bella, ni amable; además tampoco le unía a ella el vínculo de un hijo, que con tantas ansias esperaba en vano la reina María. También en esto fué desgraciada la Tudor. Al separarse Felipe de su lado, dicen derramó la inglesa amargo llanto, pues su espíritu melancólico, huérfano de cariños, concentró todo su afecto en el marido que ya en edad madura le dejó la suerte.

Felipe llegaba a los Países Bajos, cuando el Emperador sentía acentuarse sus anhelos de sosiego y retiro; en Octubre de 1555, el César Carlos renuncia en su hijo los Estados Flamencos, y a los tres meses abdica, también en Felipe, los reinos de España.

Desde ese instante, Felipe II asumía la responsabilidad de la Corona más poderosa de Europa (2).

Ante todo preocupa al monarca español la enemistad latente de Francia, que interesada en las contiendas inglesas, procura hacer fracasar las gestiones de Felipe, fomentando los disturbios en el reino insular, y preparándose para la guerra en el Continente. Entonces el soberano de España vuelve a Inglaterra (1557)

donde la reina su mujer le recibe con grandes muestras de contento; Felipe aconseja lo que cree prudente respecto a las conjuraciones de Isabel, disculpándola por ser *muchacha y engañada*; solicita y obtiene de María un cuerpo de ejército inglés como auxilio en la guerra contra el francés Enrique II, mas no logra convencer al consejo britano de que admita una guarnición española en Calais, preciadísima plaza inglesa en el continente que suponía amenazada a la sazón por Francia.

Pronto vió María Tudor disiparse su momentánea alegría pues Felipe, requerido por las circunstancias, ha de ausentarse nuevamente, y esta vez, para no volver ya jamás a tierra inglesa.

Muy poco después, la reina recibía de su esposo un importantísimo mensaje; en él decía, cómo el día de San Lorenzo, las armas de la monarquía hispana, entre las que figuraba un ejército inglés, habían vencido gloriosamente en San Quintín a las huestes fran-

cesas de Enrique II. (10 Agosto 1557). La magnitud del conmemorativo monasterio de San Lorenzo de El Escorial, es perdurable recuerdo de aquella gran jornada.

A tan satisfactoria noticia no tardaría medio año en sucederse otra amarguísima para María Tudor. Las sospechas de Felipe II respecto al peligro de Calais, eran fundadas, y en los primeros días de 1558 esta plaza inglesa continental caía en poder de los franceses; si el Consejo inglés hubiera aceptado la guarnición española, quizás entonces la reina no llorara su pérdida.

Aquel golpe fué fatal para la soberana de la Gran Bretaña, que presa ya de la melancolía, enferma gravemente, mostrando grandes deseos de ver a su marido; pero éste, aunque *«estaba cuidadoso con la enfermedad de la reina María, su mujer, y en deseo de verla como se lo pedía»* no le era posible abandonar en aquellos momentos intrincados e ineludibles negocios de Estado. (1).

La triste vida de aquella hija de la desgracia iba a extinguirse; doliente el cuerpo y abatido el espíritu, María Tudor decía poco antes de morir: *«si abren mi corazón, encontrarán en él grabado el nombre de Calais»*.

El 17 de Noviembre de 1558 bajaba al sepulcro la reina de Inglaterra y de España, a los cuarenta y tres años de edad, sin haber tenido el consuelo de ver en sus últimos momentos *«al rey, a quien amaba»*.

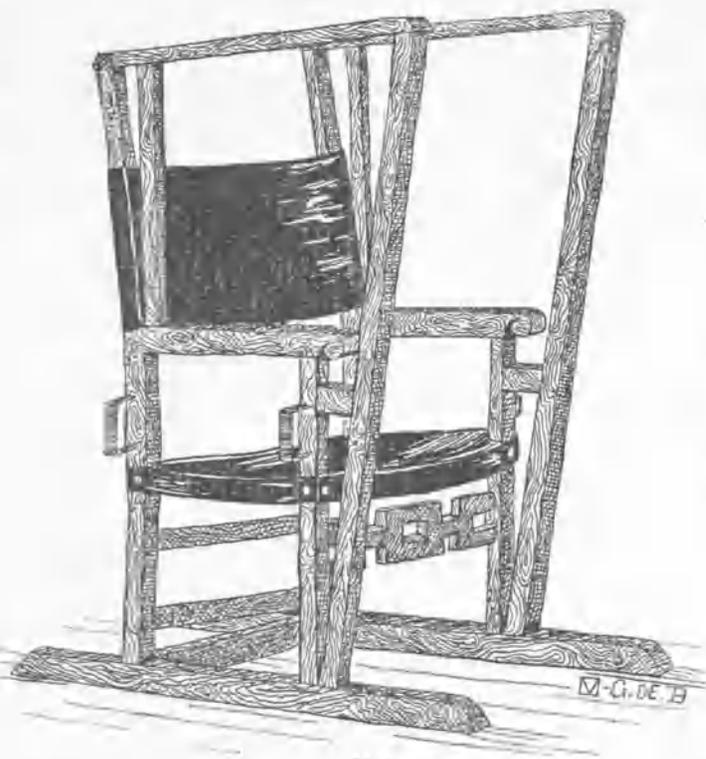
María Tudor, llamada sanguinaria por sus apasionados adversarios, siguió en la política los procedimientos de su época, y si como reina padeció injusticias, como mujer no conoció nunca la ventura.

El afecto que puso en Felipe II no fué correspondido, pues si en verdad el español le guardó siempre grandes consideraciones, fué incapaz de fingirle innoblemente un amor que estuvo muy lejos de sentir.

A la hija de Catalina de Aragón, sucede en el trono de Inglaterra, la hija de Ana Bolena, la reina Isabel, la pálida princesa de los cabellos rojos.

Viudo segunda vez el rey Felipe, no tardaría mucho en contraer terceras nupcias. Precisamente de la victoria de San Quintín, ganada con auxilio de los ingleses de María Tudor, surge su nueva esposa, pues tras del triunfo vinieron las negociaciones selladas con el tratado de Cateau-Cambresis, mediante el cual, Felipe II ha de casarse con Isabel de Valois, hija de Enrique II y de la célebre Catalina de Médicis (3 Abril de 1559).

Dos meses después, el 22 de Junio, en París, Isabel, llamada de la *Paz*, era llevada por su padre Enrique II al histórico templo de Nuestra Señora, donde la princesa se desposa por poderes con Felipe II a quien representa el famoso duque de Alba. Las fiestas fueron solemnes y pomposas, pero la fatalidad



(1) Luis Cabrera de Córdoba, *Historia de Felipe II rey de España*. Madrid, 1876. Tomo I, pág. 32.

(2) Véase Bratli, *Filip. den Anden of Spanien*. Hans Livog Personlighed. Copenhagen. *Spanien Kulturbilleder* Copenhagen, 1912.

(1) Cabrera de Córdoba, op. cit., tomo I, pág. 243.

cubriría de luto en esos días a la recién casada; en un torneo de aquellos festejos, el rey de Francia caía mortalmente herido por el escocés Montgomery.

Felipe II al saber la muerte de su adversario de San Quintín, hace celebrar en su memoria grandes honras póstumas en la ciudad de Gante, y envía con su pesadumbre a la Corte francesa, al príncipe de Eboli, quien además era portador de joyas y preseas para Isabel.

El rey Prudente, que después de la muerte de su padre (21 de Septiembre de 1558), no pisaba tierras españolas, decidió venir a ellas desde Flandes, entrando el 8 de Septiembre (1559) en Valladolid, proclamado por el pueblo; luego se dirige a Toledo donde convoca Cortes, diciendo en su *Proposición*.

«El amor que tuve siempre a estos reinos, cabeza de mi monarquía donde nací, me crié, y comencé a gobernar... me ha traído a verlos y asistirlos dexando las Estados patrimoniales de Flandes y los de Italia... A todos os prefiero mi amor y mi estimación. (1).

Después, este rey, cuyas primeras palabras fueron tan rotunda afirmación de españolismo, manda a la frontera en busca de su esposa, al Cardenal de Burdeos y al duque del Infantado, los cuales la reciben en Roncesvalles el 4 de Enero de 1560. Entre tanto Felipe va a Guadalajara donde ha de reunirse con Isabel, ratificándose allí el matrimonio en medio de fastuosísimos agasajos tributados por el duque del Infantado.

El soberano de España tenía entonces treinta y tres años de edad e Isabel de Valois contaba menos de diez y nueve, siendo ella «pequeña, de cuerpo bien formado, delicado en la cintura, redondo el rostro triguero, el cabello negro, los ojos alegres y buenos, afable mucho».

De Guadalajara se encaminaron los reyes a Toledo, celebrándose allí muchas fiestas como saraos, máscaras, torneos y juegos de cañas; y, según cuentan, «el rey anduvo disfrazado con algunos de su gracia y cámara», viendo la animación de la ciudad, pero a los pocos días hubieron de suspenderse los regocijos por haber enfermado de viruelas la soberana. Sin embargo, como ya estaba señalada la fecha, tuvo lugar entonces el juramento de heredero al príncipe D. Carlos, el discoloro niño de catorce años, a quien ya su abuelo, el difunto Emperador, hubo de reprenderle en pasada ocasión por su torvo carácter.

Luego pasan los años, fecundos en sucesos para la monarquía española, regida por Felipe con su celo habitual. Mientras tanto, Isabel se había ganado el afecto de sus vasallos y la consideración del rey, quien el año 1565 la enviaba, acompañada de grandes señores del reino, a verse en Bayona con su madre Catalina de Médicis, siendo tal entrevista de interés político.

Hacia entonces, ya el príncipe Carlos, era conocido por su falta de juicio, deseando los pueblos un nuevo hijo del rey, para, llegado el caso, sucederle en el trono, pero los vástagos de Felipe e Isabel fueron dos infantas; la insigne Isabel Clara Eugenia, nacida el 12 de Agosto de 1566, y Catalina Micaela, venida al mundo en Madrid el 10 de Octubre del año siguiente. Precisamente, después de nacer esta última, la salud de la reina empezó a resentirse; Isabel, en plena juventud, se enflaquecía, se debilitaba, padecía vahidos y entorpecimiento en las manos, alarmando su estado a los médicos; pero la soberana, enemiga de medicinas, «las deshacía», fiada en su «gracioso semblante»; mas la enfermedad avanza, y su rostro lleno de vida pierde el color, y sus ojos «buenos y graciosos» aparecen hinchados (2).

A Felipe II, afligido por la dolencia de su esposa, quizás sólo le alentaría la esperanza de que su próximo hijo fuera varón, pues la desgracia habíale arrebatado a su único heredero.

El año 1568 fué de triste memoria para el poderoso monarca de España, pues si bien salía triunfante en las complicaciones del gobierno de tan vastos Estados, en su propio palacio hallaba las mayores dificultades de su vida, mezclándose lo político a sus más íntimos afectos. Al comenzar aquel año, Felipe II, veíase en la ineludible precisión de recluir a su hijo Carlos; el príncipe irascible, rebelde y desequilibrado, que pretendía huir, habiéndose manifestado siempre año tras año, como un loco. Felipe, saturado de amargura, comunica a las potencias su determinación, que tal vez creería fuera temporal, pero el príncipe, cada vez peor de facultades mentales, muere el 24 de Julio de 1568 a los veintitrés años de edad (1).

Después de tan acerba prueba, el carácter del soberano español se hace retraído y triste. Y como si todas las penas hubiera de recibirlas juntas D. Felipe, el 3 de Octubre del mismo año, pierde a su tercera esposa, después de malograrse un infante varón.

El viernes 1.º de Octubre, la joven reina de veintidós años, había tomado la Santa Comunión con gran fervor y serenidad de espíritu; y luego, cuando el rey entró a visitarla, Isabel, presintiendo la muerte, le hizo varias recomendaciones, doliéndose, ante todo, por no dejarle un heredero, y por separarse de sus dos hijitas que esperaba tendrían su afecto en tan cariñoso padre, añadiendo confiaba en Dios iría a donde pudiera rogar por el bien del monarca; según cuenta un cronista «dixo estas palabras con tanta ternura, que sin lágrimas no fueron oídas». El soberano respondió dándole ánimos y esperanzas de vida, pero al mismo tiempo prometió que si ocurriera la desgracia, cumpliría fielmente todos sus deseos. Pasados los años, las infantitas, huérfanas de Isabel de Valois, recibían de su padre los tiernos regalos de un cariño que tenía mucho de maternal (2).

La memoria de la francesa afable, alegre y bondadosa, ha pretendido mancillarse con el mismo fango de la leyenda negra, arrojado sobre la historia de Felipe II, pero la falsedad de dramas y novelas tendenciosos se hizo palpable, y ya nadie cree en la calumniosa ficción de los supuestos amores de Isabel y don Carlos, el infeliz príncipe demente.

La muerte de Isabel de Valois, fué llorada en una elegía por el estudiante Miguel de Cervantes Saavedra, el que había de ser inmortal autor de *Don Quijote*.

La desventura pesaba sobre Felipe II; a sus cuarenta y dos años de edad, el señor de tantos dominios no tenía un heredero. Entonces los pueblos ruegan en Cortes al rey se case nuevamente, con esperanzas de asegurar la sucesión masculina. En efecto, el soberano, casi dos años después de enviudar, gestiona su matrimonio con la archiduquesa Ana, su sobrina, hija del emperador de Alemania Maximiliano II y de doña Maria, hija de Carlos V, acordándose el enlace a gran satisfacción de las dos Cortes.

No obstante se hubieron de vencer algunas dificultades diplomáticas, pues deseaba casarse con la archiduquesa el rey francés Carlos IX, a quien D.ª Ana «aborreca en extremo... y su tristeza mostró su semblante», sólo ante la suposición de tal desposorio (3).

Doña Ana se casó por poderes y emprendió el viaje

(1) V. Bibl. *Der Tod des Don Carlos*, Viena 1918.

(2) Gachard. *Lettres de Philippe II a ses filles les infantes Isabelle et Catherine, écrites pendant son voyage en Portugal (1581-1583)*, Paris 1884.

(3) Cabrera de Córdoba, op. cit. Tomo I pág. 613.

(1) Cabrera de Córdoba, op. cit. tomo I, pág. 278.

(2) Cabrera de Córdoba, op. cit., t. I, pág. 597.

a España por Flandes, a donde la política Isabel de Inglaterra mandó una escuadrilla para hacer honores a la reina española; ésta desembarcaba en Santander el 3 de Octubre de 1570, segundo aniversario del fallecimiento de Isabel de la Paz.

El 14 de Noviembre, en Segovia, oían la misa de velaciones Felipe II y Ana de Austria, los cuales luego, en el sarao, bailaron ante la Corte, festejándose las bodas reales con gran magnificencia.

Era la nueva reina joven y bella, blanca, rubia, esbelta y majestuosa, reuniendo a estos encantos una cualidad seguramente muy grata al español Felipe; la de ser oriunda de Castilla. La archiduquesa había nacido en Cigales, cerca de Valladolid, el 1.º de Noviembre de 1549, cuando sus padres eran Regentes de España en ausencia de Carlos V y del Príncipe Felipe, ahora su esposo. Quizás por tal circunstancia, D.ª Ana vendría alegre a tierras españolas y por eso también mostraría tan singular contento en las fiestas que, a usanza del país, le brindaron en Segovia las aldeanas de Castilla.

Al año siguiente (1571) dos hechos venturosos compensarían a Felipe II de muchos sinsabores; la victoriosa batalla de Lepanto ganada sobre los turcos el 7 de Octubre y el nacimiento de un infante el 4 de Diciembre.

El príncipe se llamó Fernando, siendo jurado heredero a los dos años; por cierto que durante la ceremonia el augusto niño quedóse dormido en brazos de la marquesa de Berlanga, diciendo entonces el duque de Segorbe: «*Mal sueño en tal ocasión; no reinaréis*». Estas palabras, dichas al acaso, tuvieron realidad, pues D. Fernando moría antes de cumplir siete años. Mas, por ventura, al ocurrir su muerte, ya la reina había dado otros herederos a la Monarquía: estos eran don Carlos Lorenzo, D. Diego, que murieron niños, D. Felipe, el sucesor del rey Prudente, y D.ª María que también dejaba de existir en la infancia.

Doña Ana, que parecía haber cumplido ya su misión dejando un heredero a la Corona de España, no viviría después muchos años.

En 1580, cuando la sucesión del trono portugués llevaba al soberano español a Badajoz, y caía allí gravísimamente enfermo perdiéndose todas las esperanzas de salvarle, la reina Ana, según parece, ofreció a

Dios su propia vida, a cambio de la su esposo, que asistido por el médico Valles empezó a mejorar.

Felizmente, el rey sanó en tan críticas circunstancias, pero por misteriosos designios de la Providencia, la abnegada soberana exhalaba su último suspiro allí mismo en Badajoz el 26 de Octubre de 1580, a los treinta y un años no cumplidos; Ana de Austria también abandonaba para siempre al rey Felipe (1).

Desde entonces, el monarca más poderoso de Europa, cifró sus anhelos políticos, singularmente en Portugal, y concentró todos sus afectos en los hijos que le dejaran sus dos últimas mujeres.

Felipe II sobrevivió diez y ocho años a Ana de Austria, diez y ocho años pletóricos de importantísimos sucesos: la herencia de Portugal, las revueltas de Flandes, la Armada Invencible, el ruidoso proceso de Antonio Pérez, la intervención en Francia contra Enrique IV y tantos acontecimientos más. Bien dice un poeta de la raza hablando de este rey:

«que manejaba estados, y trastornaba el mundo desde un sillón de enfermo;»

Aquellos años de supervivencia a cuatro esposas, fueron la época triste de Felipe el Prudente; el monarca sereno, inalterable ante triunfos o adversidades, buen rey y buen cristiano, había apurado con estoica entereza todos los tragos amargos de su larga existencia, pero al final de su vida, aparecía el rastro de las íntimas desgracias, que si bien no lograron abatirle ni vencerle jamás, ahuyentaban de su carácter la alegría.

Los muros fríos, severos y majestuosos de El Escorial, fueron el refugio postrero de Felipe II, cuyo espíritu triste pero fuerte, rememoraría allí, contemplando el pardo paisaje, tantos y tantos hechos grandiosos de su vida, entre los cuales se mezclaría siempre el nombre de una de aquellas cuatro mujeres que compartieron sus destinos con él, ninguna de las cuales le dejó un mal recuerdo.

Texto y dibujo de

MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS

(1) Flórez. op. cit. T. II. p. 899. Cabrera de Córdoba. op. cit. T. II. pág. 619.

